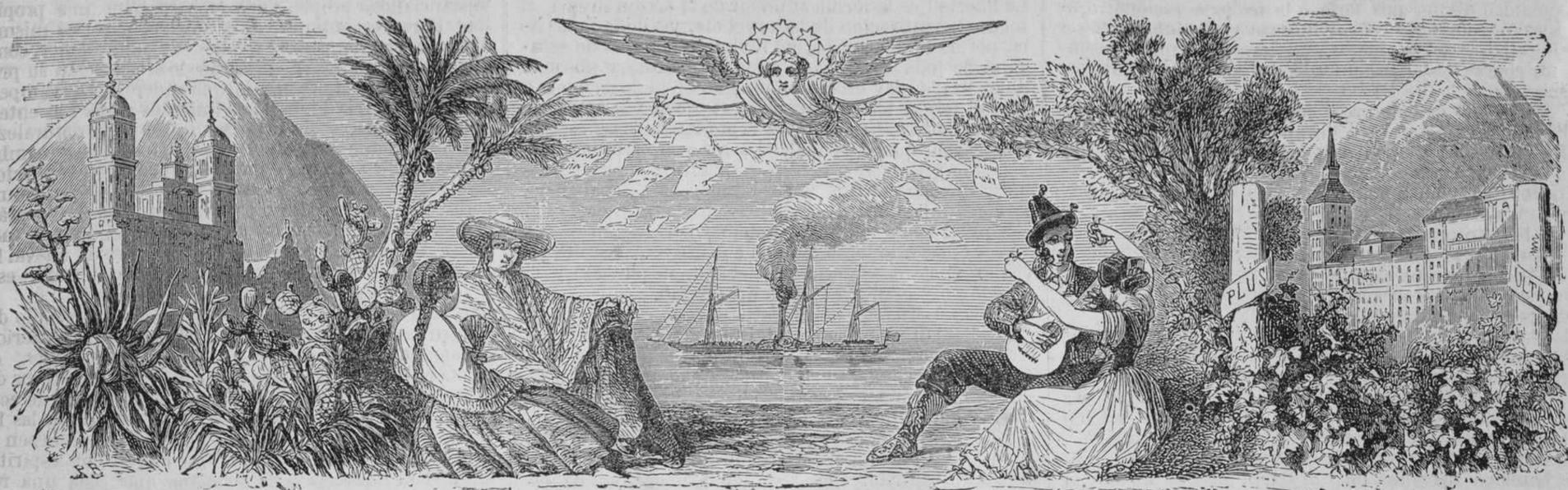


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 17. — N° 276.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

S. A. R. el príncipe Federico Carlos de Prusia; grabado. — Marco Valerio Marcial, poeta latino. — Revista de Paris; grabado. — El Tattersall francés; grabados. — Jeffé. — Ferro-carril de Lion á Ginebra; grabados. — Una amistad á toda prueba. — Santiago. — Curiosidades inglesas; grabados. — Filosofía. — Revista de la moda. — Escultura de Fraikin; grabado. — Objetos antiguos hallados en el Cairo por M. Delaporte; grabado.

campana del Schleswig, donde su excelente conducta le valió la condecoracion de la órden del Mérito, que le fué dada por el rey su tío.

Sabido es que en Prusia la enseñanza del arte militar tiene un gran papel en la educacion de los jóvenes príncipes. Para hacer que le fuese tan familiar al príncipe Federico Carlos el servicio de la caballería como le era ya el de la infantería, le dieron en el regimiento de los

guardias de corps un grado equivalente al que ocupaba en el otro cuerpo; luego en la primavera de 1849 fué nombrado mayor y comandante del 3^{er} escuadron de húsares de la guardia. En calidad de tal S. A. R. figuró en la campana del gran ducado de Baden y en el combate de Wiezenthal; el príncipe recibió dos heridas, una de ellas de cierta gravedad, y su edecan Mauricio de Burch-Muench quedó en el campo de batalla.

En 1850 el príncipe pasó á mandar un batallon del 3^{er} regimiento de la guardia landwehr, y con motivo de una visita que hizo á San Petersburgo, el emperador Nicolás le nombró comandante del regimiento de húsares n° 9. Elevado al grado de coronel, se halló en 1852 á la cabeza del regimiento de dragones de la guardia, caso excepcional en la historia de Prusia, pues hasta entonces ningun príncipe de la casa real se habia hallado solo mandando en jefe un regimiento.

El 29 de noviembre de 1854, S. A. R. se casó con la princesa María Ana, hija del duque de Anhalt-Dessau: dos princesas han nacido de este matrimonio.

Conocido ya entonces como uno de los mejores oficiales de caballería, fué nombrado en 1854 mayor general, y tres años despues teniente general. Con este último grado mandó la primera y luego la segunda division militar. En la ausencia del general comandante de la guardia de corps, él está llamado á reemplazarle.

El carácter noble y elevado del príncipe se halla enteramente á la altura de su brillante carrera.

D. B.

S. A. R. EL PRINCIPE FEDERICO CARLOS DE PRUSIA.

Con motivo de la visita que los príncipes de la casa real de Prusia hicieron últimamente al emperador Napoleón III, hubo tiros al blanco en Vincennes, en los cuales se distinguió el príncipe Federico Carlos por una destreza extraordinaria: á una distancia de 1,000 metros tocaba casi siempre al centro del blanco. La escuela de tiro de Vincennes que tiene tanta reputacion lo mismo en Alemania que en Francia, no recuerda haber visto un tirador mas hábil que ese joven príncipe, que en diferentes ocasiones ha dado ya pruebas de su bizarría.

El príncipe Federico Carlos nació el 20 de marzo de 1828. Es hijo del príncipe Carlos, segundo hermano del rey Federico Guillermo IV, y de una princesa de Sajonia-Weymar. A la edad de diez años obtuvo del difunto rey, su abuelo, el diploma de subteniente del 1^{er} regimiento de guardias de infantería.

En setiembre de 1844, despues de una revista que tuvo lugar en Magdeburgo, fué nombrado teniente. La educacion científica del príncipe confiada á profesores de nota desde la niñez, fué completada en la universidad de Bonn, donde S. A. R. permaneció de 1846 á 1848. Buen nadador, salvó en 1848 la vida á un niño que se habia caído en el Rhin y estuvo á punto de ahogarse. Por este acto de valor le concedieron la medalla de salvamento que figura en su pecho con las condecoraciones mas brillantes. Nombrado capitán, el príncipe tomó parte en la



El príncipe Federico Carlos de Prusia.

MARCO VALERIO MARCIAL

POETA LATINO.

I.

No vamos á escribir la biografía de este ilustre poeta satirico. Su vida, como la de la mayor parte de los poetas, no ofrece nada de particular que merezca excitar la curiosidad pública.

Nació en Bilbilis: pasó en Roma una gran parte de su vida, hizo versos, se conquistó el aplauso de las gentes, arrastró una existencia borrascosa y llena de estrechez, á

pesar del título de tribuno con que le honró Domiciano, y á pesar de la amistad que le dispensaban algunos señores de Roma; se casó con Marcela, rica dama española, tornó á su patria, se encerró en los jardines de su casa, y á última hora protestó en un magnífico epigrama contra los desórdenes de la vida licenciosa.

Este breve resumen encierra por completo la existencia de Marcial, del mismo modo que pudiera compendiarse la vida de un hombre cualquiera en estas ligeras palabras:

« Fulano de tal nació en tal parte, se dedicó á hacer zapatos, los hizo muy buenos, murió en la oscuridad. »

Hay quien dice que Marcial fué á Roma á los veinte y tres años.

Autores hay que afirman que fué á los diez y siete.

Esta no es cuestión que merezca detenernos. El hecho es que fué á Roma, y que en Roma se dió á conocer por sus obras.

¿Qué hay, pues, en esas obras que así merezca llamar la atención de las gentes sobre un escritor cuya vida no presenta una serie de hechos notables; de esos hechos que forman época en la vida de los pueblos y en los destinos de la humanidad?

Es que Marcial es la personificación de su época, es que sus obras reflejan el estado social, las costumbres del pueblo romano bajo el reinado de los emperadores, desde Neron hasta Trajano, y en este concepto, conocer á Marcial es conocer el estado moral de aquel pueblo que tan alto lugar ocupa en la historia del mundo.

No es, pues, la biografía del hombre la que nos proponemos escribir en este artículo, porque apenas la ciencia arqueológica encontraría una noticia mas que añadir á las que ya dejamos apuntadas.

Pero teniendo en cuenta el espíritu, la esencia de las obras de ese hombre, cuyo carácter especial le colocan entre los primeros satíricos del mundo, trazaremos indispensablemente la biografía del pueblo en que vivió y vendremos en conocimiento de los vicios de que adolecía aquella sociedad tan profundamente corrompida.

Aparte de su libro sobre los espectáculos públicos dados en Roma por los emperadores Tito y Domiciano, compuso Marcial catorce libros de epigramas, en los cuales se reflejan, como en un espejo, las costumbres públicas y privadas de aquel pueblo.

Versificación correcta, colorido en las imágenes, rasgos notables de agudeza, intención profunda en los conceptos, una malicia excesivamente refinada y una mordacidad intolerable; tales son las cualidades salientes de esos epigramas que hoy repiten y saborean los apasionados á las bellas letras, y que con mas exquisita fruición comentan á cada paso los partidarios de la escuela sensual.

¿Fueron estos epigramas resultado de las costumbres de su época, ó hijos del carácter del poeta que los escribió?

A pesar de que su divisa era: *parcere personis, dicere de vitiis*, no puede creerse que la boga que entonces alcanzaron, tuviera su fundamento mas en los vicios que retrataba que en los personajes á quienes aludía.

Algunos autores para salvar en esta cuestión al poeta latino, culpan de lleno las costumbres que se propuso copiar, apoyándose para ello en la inmoralidad que por la misma causa se desprende del teatro de Plauto.

Pero nosotros, mas ecléticos al juzgar esta cuestión, creemos que si bien las costumbres de aquella sociedad se prestaban altamente á la sátira punzante de Marcial, tambien el carácter mordaz del poeta debió buscar como asunto de aplauso figuras y personajes conocidos en quienes encarnar el espíritu de sus sátiras.

Sabido es que Trajano atendió poco á Marcial á causa del género que cultivaba.

¿Mas debe creerse que Marcial fuera objeto de tal desatención por el solo hecho de ejercitar su talento en la sátira?

¿No es mas fácil presumir que el desvío de Trajano pudo nacer del uso que Marcial hizo de su talento?

Entre los epigramas que publicó en sus últimos tiempos, hay algunos dirigidos á aquel emperador.

Pudieron ser estos epigramas hijos de algun resentimiento por parte del poeta; pudo escribirlos, no ya en Bilbilis y en casa de su esposa Marcela, como algunos suponen y generalmente se cree, sino durante su estancia en Roma; pudo hacerlos correr secretamente hasta llegar á manos del mismo Trajano; pudo... ¿quién sabe, en fin, lo que pudo motivar el desvío de este para con el poeta que tantas pruebas de afecto habia recibido, lo mismo de Neron, Galva, Oton y Vitelio, que de Vespasiano, Tito y Domiciano?

¿No es mas oportuno creer que Trajano quiso alejar de sí al hombre cuya sátira venenosa podia amenazar ante la opinión pública los fueros de la autoridad y los resplandores de su gloria?

Amigos de Marcial fueron Quintiliano, Juvenal, Valerio Flaco, Silio Itálico, Plinio el jóven, Marco Antonio Primo de Tolosa, Parthenio, camarero de Domiciano, y otros muchos.

Conocida como era la causticidad de su talento, unos le buscaban por su carácter bufon y alegre, otros por temor á sus dardos acerados.

¿Qué extraño, pues, que Trajano quisiera alejar de sí al que mas era buscado por sus cualidades temibles que por sus condiciones recomendables?

Para nosotros esta cuestión está fuera de duda. Marcial puso en ridículo á muchos personajes de su época, del mismo modo que puso en relieve el desenfreno de las costumbres.

Una y otra circunstancia concurren necesariamente á levantar su popularidad á la altura á que llegó, y que

le granjearon en poco tiempo el aplauso de la muchedumbre.

Pudo en sus primeros tiempos llevar su sátira á personas de un orden inferior; pudo con el tiempo enderezarla á los personajes mas encumbrados de la corte.

¿Qué autor de las condiciones de Marcial se contiene en los límites de la prudencia y no sacrifica todos los respetos al placer de decir un chiste?

Pero dejando este asunto á un lado, y viniendo al objeto de nuestro artículo, digamos algo acerca del estado moral de Roma y del carácter que imprimió á la literatura la influencia de Marcial.

Medio siglo habia trascurrido desde que la musa de Ovidio lloraba su muerte á la sombra del ciprés que sombreaba su sepulcro.

Tibulo y Propertio habian pasado. Las dulces y alegres canciones inspiradas por el amor, no halagaban ya los oídos de las mujeres elegantes y apasionadas de Roma.

Ningun poeta se atrevia á tomar por asunto de sus versos ese sentimiento que en sus diversas manifestaciones viene á ser el alma de toda inspiración y el agente universal de la poesía del mundo.

¿En qué consistia esto?

¿Se habian reformado de tal manera las costumbres romanas; se habia regenerado hasta tal punto el sentido moral de aquel pueblo, que se avergonzaba quizá de tales sentimientos, como indignos de una raza varonil y eminentemente vigorosa?

¿Era quizá que el pueblo romano comprendia que el refinamiento de aquellas costumbres licenciosas y afeminadas, contribuendo á su debilidad, habian de determinar su completa ruina?

No, el pueblo romano no habia reformado sus costumbres, ni mucho menos habia entrado en un período de reacción en sentido moral.

Por el contrario, los sucesores de Augusto, siguiendo por la pendiente de la desmoralización, habian llegado á tal extremo que tenia en menos el sentimiento del amor, en cuanto no se manifestaba bajo una forma grosera y repugnante; en cuanto no era la expresión absoluta del mas absoluto desenfreno.

La poesía amorosa no era ya de moda; los cánticos inspirados por la esperanza de una dulce correspondencia; las quejas producidas por una pasión desatendida; la desesperación ocasionada por la ingratitud y por los celos; el enaltecimiento, en fin, de todas esas pasiones delicadas que inmortalizaron á Tibulo, Propertio y aun á Ovidio, eran asuntos que se tenían por ridículos y que no satisfacían ya las exigencias de la época.

Los poetas y las mujeres se hubieran creído fuera de las condiciones de aquella sociedad, entonando los unos cánticos sin efecto, inspirando las otras pasiones profundas y duraderas.

¿Qué mujer medianamente hermosa hubiera querido consagrarse entonces por años enteros á una sola pasión?

Una pasión duradera tenia cierto carácter de respetabilidad muy parecido al matrimonio, y nada mas lejos de aquella sociedad que todo lo que tuviera visos de respetable y permanente.

En este estado de cosas el amor no podia ser sino *licencioso*: la poesía no podia ser sino *exótica*.

Y con efecto, la literatura reflejándose en las costumbres, y las costumbres reflejándose en la literatura, revelaban de una manera harto lamentable que la sociedad romana, entregada abiertamente á los groseros goces del materialismo, habia subido al último grado de corrupción á que puede subir un pueblo.

Marcial llegó á ese pueblo cuando las costumbres y la literatura se encontraban en tan profundo desconcierto.

Su genio abarcó en una sola mirada el estado de aquella sociedad: en fuerza de verla frívola, acabó por hallarla ridícula; y en fuerza de verla impura, acabó por hallarla grosera.

Basta con leer rápidamente sus obras, para convenirse de que Marcial comprendió desde luego el estado moral de Roma.

¿Y cómo es que Marcial no empleó las altas cualidades de su talento en corregir los vicios de aquella sociedad que tan bien supo describir?

¿Pretendió hacerlo quizá presentando en toda su desnudez los vicios de que adolecía?

Si tal fué su pretensión, preciso es confesar que Marcial equivocó el camino.

Su sátira poderosa, mejor dirigida, pudo contener al pueblo romano en la pendiente de sus vicios: empleada como él la empleó, lejos de contenerle le precipitó mas y mas por tan lastimosa pendiente.

Pudo ser el regenerador de aquella sociedad, y fué solo el agente mas poderoso de su corrupción. Pudo ser el poeta de las grandes virtudes, y fué el encomiador de los grandes vicios de su época.

Desde Ovidio hasta Marcial, la literatura se habia encontrado abandonada y sin un genio que la dirigiese: pudo encerrarla Marcial en las condiciones delicadas de Tibulo y Propertio; pero prefirió el género de Cátulo, y llevándola á un extremo mas exagerado, la precipitó en los extravíos de la licencia.

La musa pues de Marcial fué la musa de la impureza en vez de ser la musa del pudor y de la castidad.

Poeta complaciente de todo libertinaje, y mas complaciente aun con el libertinaje de todos los emperadores desde Neron hasta Trajano, debió el aplauso que se conquistó en poco tiempo á las obscenidades de sus epigramas.

No ya como Cátulo afectaba una candidez licenciosa que hacia asomar al rostro los colores de la vergüenza; sino que á fin de complacer los extravíos de la corte imperial, daba á sus epigramas un color tan subido de lubricidad que hacia mas repugnantes todavia con la desnudez y la claridad de la palabra.

La frase no era en Marcial mas decente que la imagen que exponía á la consideración pública.

Su primer libro fué un acontecimiento en Roma: su nombre corrió al momento de boca en boca por todos los ángulos de la población: sus chistes desvergonzados se repetían en las calles y en las plazas, del mismo modo que se comentaban y aplaudían en las termas y en el gimnasio.

Esa popularidad tan rápidamente adquirida é impulsada por el interés de los libreros que no se daban tregua á satisfacer los pedidos que se les hacían, excitó poderosamente á Marcial para seguir por la senda que habia emprendido bajo auspicios tan ruidosos.

Con efecto, á un libro siguió otro libro. Y cada epigrama era celebrado con iguales aplausos; y cada libro corría de mano en mano; y se vendían á precios fabulosos; y se ofrecían en todos los sitios públicos magníficamente encuadernados y adornados de ricos y bellísimos relieves.

Algun censor austero hubo de amonestar á Marcial á fin de que diera á su frase un tono mas conveniente y recatado.

Pero ¿qué hubiera sido de la popularidad del poeta, si hubiera sacrificado la frase libre y obscena en que volvía sus ideas?

El poeta necesitaba halagar el gusto del público, y no era cosa de dar oídos á los consejos de un censor indigno y mal avenido con las costumbres de su tiempo.

Así es que Cornelio, que le habia dirigido algunas convenciones, recibió por contestación estas palabras:

« Dices que mis versos no pueden leerse por los niños en el recinto de un pedagogo. ¿Y qué me importa? No escribo para los niños, sino para los que buscan el placer como objeto de la vida. Las poesías alegres deben, como el vino, embriagar los sentidos. Depon tu severidad, y no pretendas que castigue mis aplausos. Priapo no puede ser nunca sacerdote de Cibeles. »

Estas palabras dicen lo bastante para comprender hasta qué punto se dejaria arrastrar la musa de Marcial, ébria con los aplausos de la multitud.

Como hemos dicho ya, estos aplausos lo mismo partían del palacio imperial que de los sitios mas oscuros é indignos de Roma.

Y Marcial, desvanecido con el aura popular que alcanzaban sus epigramas, prescindía por completo de los consejos que le dirigían los hombres de gusto literario y de buen sentido moral, para entregarse de lleno á la lisonja que envilece y á los aplausos que entorpecen el corazón y corrompen la inteligencia.

Verdad es que Marcial no sacaba á plaza nombres propios, ni se permitía difamar á nadie. Verdad es que jamás su sátira penetró en la casa del honrado ciudadano.

Pero en cambio bajo la transparencia de un pseudónimo dejaba ver el personaje que se proponía ridiculizar, y lanzaba formidables injurias á una multitud de gentes que, si no por sus nombres, eran conocidas por la exactitud con que eran retratadas.

Las víctimas de su mordacidad y de sus sangrientos sarcasmos, eran ordinariamente *poetas ebenes* y de *agua chirle*, como siglos despues llamó Quevedo á los copleiros vergonzantes y desprovistos de ingenio; cortesanos desvergonzados y sin pudor, rufianes y gariteros de mala especie, calaveras desenfrenados y usureros sin corazón; en una palabra, hombres corrompidos y mujeres perdidas.

Y de tal manera llegó á poseer y á usar en sus epigramas el lenguaje peculiar de esta clase de gentes, que mas de una vez tuvo la consideración de prevenir á sus lectores la inconveniencia de sus frases, cuya escandalosa claridad debia herir y lastimar el pudor de las gentes honradas.

« Mis epigramas, decia, solo pueden complacer á los que toman parte en los juegos florales. Decid á Caton que no asista á estos juegos; pero si va, que tenga cuidado de taparse los oídos. »

Este alarde repugnante de cinismo y desenfado causaba un gran efecto entre la muchedumbre. Y á tal altura llegó entonces su reputación, que eclipsó los resplandores de Virgilio y de Horacio, y aun contrabalanceó los triunfos satíricos del mismo Juvenal.

¿Y cómo no obtener este resultado ruidoso, quien recogiendo con avidez la crónica escandalosa de Roma, la arrojaba á la curiosidad pública en una multitud de poemas ligeros, fáciles de retener, y mas fáciles de circular?

Preciso era que quien así se asimilaba las costumbres y el lenguaje de un pueblo corrompido, viviera en un abandono absoluto frecuentando la mala sociedad que con tan vivos colores sabia describir.

Algunos de sus epigramas arrojan una gran luz acerca de la opinión que acabamos de sentar; pues no solo manifiesta en ellos que buscó entretenimientos amorosos entre las cortesanas mas notables de Roma, sino que se entregó ciertas veces á desórdenes que la pluma se resiste á calificar, y que no eran excusables ciertamente ni aun por la corrupción general de su época.

En otro artículo tomaremos acta de sus epigramas para venir en conocimiento de algunos de estos amores, terminando con ellos, no la biografía de Marco Valerio Marcial, sino la biografía de ese pueblo, que así por sus virtudes como por sus vicios brilla con tan vivo resplandor en la historia del mundo.

ANTONIO HURTADO.

Revista de Paris.

Alberto de X... era un joven rico, de buena familia, que se hallaba en la flor de la juventud hace quince años. Los parisienses por lo general no son aficionados á los viajes. Si en el verano marchan á Baden ó á Spa, es solo por seguir los caprichos de la moda que en cierto círculo social ejerce un imperio incontestable. Paris les basta; el boulevard de los Italianos y el bosque de Boulogne resumen para los parisienses todas las grandezas del mundo. No obstante, Alberto de X... habia nacido con mucha inclinacion á recorrer paises, y en el año de 1843 se despedia de sus parientes y amigos para emprender una excursion lejana. Entrando en aquellos dias por casualidad en la sala de las ventas públicas de Paris, vió que sacaban á remate un bonito neceser inglés, y aprovechando la ocasion se le llevó por sesenta pesos. Era una obra maestra que habria debido costar diez veces mas de lo que él la habia pagado. En el interior tenia en distintos compartimientos todos los objetos para las necesidades de la vida. En la tapa habia un rico escudo de armas con el nombre de lord ***, uno de los mas altos señores de Inglaterra.

Alberto muy satisfecho con su compra se la llevó en triunfo á su casa, y pocos dias despues emprendia su viaje. El primer pais que visitó fué la Italia, y al entrar en los Estados romanos unos cuantos ladrones le robaron todo lo que llevaba incluso el neceser, que á decir verdad era la única cosa que sentia. Así lo declaró á los salteadores, y estos consintieron en devolversele si les prometia por él cien pesos: Alberto prometió y pagó en Roma escrupulosamente á la persona que le designaron, la cual le entregó su neceser.

Alberto pasó nueve años viajando; visitó las principales ciudades de Europa, algunas de América, el Oriente, y en 1852 volvió á Paris sin haber sufrido mas percances que el que dejamos señalado.

Al verano inmediato le dió el capricho de ir á Baden donde pasó algunos meses, regresando luego por Colonia y Aquisgran.

Cuando se halló en la frontera que separa la Francia de la Bélgica, Alberto cayó en manos de una banda de aduaneros. Algunos dias antes se habia sabido que los contrabandistas habian logrado introducir en Francia una partida de encajes de mucho valor por medio de unas cajas de doble fondo y se aseguraba que estaban á punto de hacerse otras tentativas con igual objeto.

La aduana estaba alerta; todos los equipajes de los viajeros se visitaban con mas rigor que nunca, y naturalmente el neceser de Alberto llamó la atencion de los empleados.

La visita fué larga y minuciosa; todo fué abierto, examinado, registrado escrupulosamente; nuestro hombre estaba furioso.

— ¿Qué temen Vds.? decia con impaciencia; ¿creen Vds. que traigo vestidos ó tabaco en los compartimientos de mi neceser?

— Señor mio, respondió el aduanero, se pueden ocultar cosas de mucho valor en un espacio reducido.

— ¿Pero tengo yo trazas de contrabandista? proseguia Alberto exasperado.

— No, respondió el aduanero, no las tiene Vd.; pero su impaciencia me inspira recelos. Además, la traza puede engañar; hay embajadores que hacen el contrabando sin ningun escrúpulo.

Y continuaba su registro con la mayor cachaza. Aquel diablo de hombre estaba muy ducho en descubrir secretos; Alberto se habia quedado estupefacto al ver cómo ponía en movimiento los resortes de los compartimientos escondidos de su neceser, á pesar de encontrarse todos ellos muy bien disimulados. No hacia mas que fijar el dedo en la madera, en el cuero ó en el adorno que ocultaba el resorte, y al punto el resorte se movía y se abria el secreto, dejando ver aquí unos rollos de monedas de oro, allí unas cartas perfumadas y atadas con una cinta azul que el aduanero tocaba sonriendo, acullá billetes de banco, etc.

Por último, Alberto cansado de tan larga inspeccion quiso arrancar el cofrecillo de manos del empleado.

Pero este le detuvo.

— Ya está visto todo, exclamó Alberto; no prolonguemos mas tan enojosa tarea.

— ¿Cómo dice Vd.?

— Digo que todo está visto ya y que está Vd. bien convencido de que no traigo contrabando.

— Hablemos con franqueza, repuso el aduanero; su mal humor de Vd. me da que sospechar. ¿No tiene Vd. que declarar alguna cosa? Si declara Vd., con pagar los derechos está Vd. listo; pero si llego á encontrar contrabando en la caja, habrá embargo y multa.

— Pero ¿no lo ha visto Vd. todo? repitió Alberto.

— No señor.

— ¿No?

— A otro con esa. Es verdad que está bien hecho; el mas astuto se engañaría.

— Le digo á Vd. que está registrado todo.

— ¿Porqué me quiere Vd. engañar? Le voy á Vd. á probar lo contrario.

— Pues bien, exclamó Alberto, si halla Vd. otro escondite en mi neceser le juro á Vd. que no le conozco.

— Mal pretexto, contestó el empleado, de nada le servirá á Vd. si encuentro el fraude.

— Vaya, vaya, concluyamos.

— Corriente, dijo el aduanero, concluyamos, y peor para Vd.; ya le he dicho á lo que se expone.

Y al hablar así queria levantar con la uña un pequeño ornato que formaba parte de la incrustacion, mientras Alberto se reia bien persuadido de la inutilidad de tal esfuerzo.

— Cuidado con romper algo.

— Vea Vd. si me equivocaba, repuso el aduanero.

Efectivamente, el adorno que levantaba apretó un resorte y este resorte hizo desaparecer en el grueso de la madera una tablilla tan herméticamente cerrada, que no se podia dis-

tinguir la juntura; la tablilla al desaparecer dejó á descubierto un nuevo secreto donde habia un rollito de papel de seda en un fondo de raso carmesí.

El aduanero tomó el rollito, le abrió y le colocó en seguida como estaba.

— No es género prohibido, dijo haciendo un saludo respetuoso, y cuando se posee tal fortuna, no hay necesidad de hacer contrabando.

Alberto no podia creer lo que veian sus ojos.

— ¡Billetes del banco inglés! No son míos.

— ¡Cómo! repuso el aduanero saludando mas profundamente todavía; ¿así se encuentra Vd. un millon en su neceser?

Habia allí en efecto cuarenta billetes de mil libras esterlinas cada uno.

Alberto los tomó, los contó, los dió mil vueltas en sus manos con asombro, y no sabia que hacer en presencia de aquella fortuna inesperada.

Por fin el aduanero le sacó de su estupefaccion diciéndole que se apresurase, y él se volvió á su puesto bien decidido á buscar por todo el mundo al dueño de aquella cantidad considerable.

Apenas llegó á Paris, volvió á salir para Lóndres, y fué á visitar á lord ***, cuyo ilustre nombre se hallaba grabado en el cofrecillo.

El lord le recibió muy afable, reconoció el neceser, pero afirmó que nunca habia guardado en él aquellos billetes. Contó que habia regalado el cofrecillo á un ayuda de cámara, indicando el lugar donde Alberto podría encontrarle.

El ayuda de cámara que era á la sazón comerciante en ropas hechas, no habia olvidado el millon en el neceser; pero dijo que le habia vendido á un conde italiano.

Alberto salió para Florencia donde vivia el conde en cuestion; este reconoció el cofrecillo, pero aseguró que nunca habia metido en él billetes de banco. No obstante añadió que en otro tiempo olvidó el neceser en casa de una bailarina famosa.

La bailarina reconoció el objeto y dijo que le habia dado al principe ruso A... en cambio de un collar de diamantes.

Alberto marchó á San Petersburgo.

Como vemos Alberto buscaba con ahínco al dueño de aquella riqueza; pero su posesion momentánea no dejaba de infundirle ciertos deseos que se encontraban ya en desproporcion con sus recursos personales.

Habia gastado el millon en papel del Estado para no exponerse á perderle ó á que se le robaran. Los intereses los empleaba en comprar mas papel á fin de aumentar el capital, y teniendo á su disposicion tanta fortuna, la suya propia le parecia insuficiente y casi despreciable.

Hasta los viajes que se veia en la precision de hacer le cansaban ya; antes habia recorrido el mundo por gusto, y ahora le parecia que solo podia vivir en Paris, y que el movimiento le hacia daño.

El principe ruso reconoció igualmente el neceser, pero declaró que nunca habia ocultado en él tales billetes. Añadió que al salir de Italia habia venido á Paris, y que habia regalado el cofrecillo á una actriz francesa llamada Margarita N...

Alberto regresó á Paris.

En Paris supo que Margarita habia muerto hacia diez años, y que despues de haber llevado una vida de galanteria y de lujo, habia sucumbido en la miseria; que sus muebles habian sido embargados por los acreedores y vendidos por la justicia. — Entonces pasó el neceser á la sala de ventas públicas donde le habia comprado Alberto.

¿Cómo estaba aquel millon en aquel escondite? Alberto habia seguido todo el itinerario de su cofrecillo, y solo podia hacer ya dos suposiciones: ó aquel dinero fué ocultado allí por el fabricante que habia hecho el neceser para el lord inglés, ó por los ladrones italianos que le habian conservado en su poder tres dias antes de mandársele á Roma.

El fabricante de Lóndres respondió que no tenia costumbre de dar un millon por ciento veinte libras esterlinas.

En cuanto á la suposicion de los ladrones era mas inadmissible aun que la del fabricante.

En suma, á la hora presente Alberto se encuentra con un millon, esperando las reclamaciones de su dueño. La publicidad que ha tenido esta historia en los periódicos de Paris, hará quizás que el reclamante avise por esos mundos.

Este invierno los teatros liricos de la capital rivalizan en esfuerzos para poner en escena óperas nuevas. En el de la Academia imperial de Música se acaba de estrenar una ópera de M. Halevy en cinco actos titulada *La Magicienne*. La magnitud y la complicacion de estas composiciones liricas de los franceses hace difícil el tratar su crítica á fondo; sin embargo, vamos á dar á conocer á nuestros lectores esta produccion con la brevedad que exige la índole de nuestra crónica.

La *Magicienne* es la famosa Melusina que se casó con Raimundo de Lusitan, y fué el origen de una familia noble y numerosa. El conde Lusitan, cuenta la leyenda, habia obtenido la mano de Melusina bajo la condicion de que solo seria su marido durante el dia; por la noche ella se ocultaba en un rincon del castillo donde no podia seguirla su esposo. Sin embargo el conde tuvo celos, penetró una vez por sorpresa en el santuario, y entonces la hermosa mujer apareció al marido bajo la forma abominable de un monstruo alado, una especie de serpiente monstruosa que al verle huyó por los aires lanzando gritos horribles.

M. de Saint-Georges, el autor del libreto, ha hecho de la bruja en cuestion una mujer de dos caras, que es hermosa de noche y horrorosa por el dia, gracias á la ciencia infernal que la comunicó un hechicero llamado Stello con quien se habia mostrado muy amable en su juventud. Pero hoy está enamorada del joven René, que vuelve cubierto de gloria de la cruzada. Desgraciadamente René antes de marchar se habia desposado con la hermosa Blanca de Poitiers, y el casamiento debe consumarse á su regreso. Melusina llama al diablo en su ayuda, y todas las noches se presenta á René embargando su imaginacion con sueños voluptuosos.

En medio de la fiesta nocturna que precede á las bodas, Melusina viene á decir al novio que Blanca le engaña, le lleva á un lado del jardin, y le hace ver á su prometida en un balcon arrojando flores á un paje que le canta endechas amorosas.

René está á punto de perder el juicio, y sin embargo todo aquello es una fantasmagoría infernal. La Blanca verdadera está arrodillada en la capilla orando por su futuro; pero cuando llega á presentarse á él con sus galas de novia, el valeroso cruzado la rechaza y la insulta. La infeliz, desesperada y queriendo evitar un duelo terrible entre su padre y su amante, dice que ha cambiado de idea, y que quiere meterse en un convento. Sobreviene una tempestad; el conde se lleva á su hija desmayada, y la bruja marcha con René al bosque encantado donde vive.

La morada es mas digna de una diosa que de una bruja; nunca se han visto árboles mas hermosos, ni aguas mas limpiadas, ni grupos de ninfas mas seductoras. Pero Stello viene á turbar la fiesta de Melusina, y despues de enfadarse con su rival, cambia de sistema y le declara el peligro que corre, los lazos que le han tendido; hasta le descubre el nombre de su querida. Al oír el nombre de Melusina, espanto de toda la comarca, René se estremece y tiembla, corre azorado, y con motivo, pues el rostro de la bruja acaba de tomar de repente el color del lagarto, y se dirige á Blanca, que lleva luego á los altares. Melusina en presencia de tantos reveses se convierte, pide perdon á Blanca, resiste con valor á Stello, y muere cristianamente en la escena. — Este es el desenlace.

M. Halevy es un compositor de gran talento que nada deja que desear á los profesores, y á todos los que conceden una importancia grande á la solemnidad de las armonias, la riqueza de la instrumentacion y la gravedad del estilo. Este compositor mira con desden profundo todo ornato ligero, toda melodia sencilla; en una palabra, su música es la contraposicion del ideal que se propone el género italiano. Por consiguiente es poco divertida. Cuando se han pasado cinco horas oyendo sus combinaciones infinitas de voces y de instrumentos, siempre con arreglo á un sistema de composicion que parece no tiene presente otra cosa que el vencer dificultades de contrapunto, se necesita una educacion musical esencialmente francesa para no creer que se sale de un Conservatorio donde se acaban de oír una tras otra cincuenta lecciones de armonia. A beneficio de esta educacion musical, se puede suplir la paciencia. Nosotros confesamos con toda humildad que carecemos de tales conocimientos, y que en toda ópera donde la melodia, es decir, la imaginacion, el genio, se halla ausente, no acertamos á ver mas que un esfuerzo de la ciencia del compositor. A nuestro juicio peca M. Halevy por falta de espontaneidad, de ligereza, de sencillez: los alemanes en medio de su saber inmenso no se olvidan jamás de que la melodia es el alma de la música, y si bien dan á la orquesta una importancia que los italianos desdeñan por lo comun, los cantos se oyen siempre con claridad, suaves ó enérgicos, segun las exigencias de las situaciones. Véase si no el *Don Giovanni* de Mozart, esa obra modelo. — Pero hagamos algunas citas.

En el primer acto de *La Magicienne* hay una balada.

Fraiche comme la fleur nouvelle

cantada por la Lauters, que es una especie de diálogo entre la cantatriz y los instrumentos; las trompas provocan la voz y la responden desde el principio hasta el fin de la pieza. El coro de las *Filles de la nuit* y la romanza de Melusina: *Dors, mon René*, que dice la Borghi con toda la dulzura de su método italiano, son muy aplaudidos.

El acto segundo comi nza por un recitado interminable de Melusina:

Messenger de la mort le sombre oiseau des nuits,
Par trois sinistres cris, au milieu des ténèbres,
Doit m'annoncer si mes ordres funèbres
En ce moment, sont accomplis.

El oboe, la flauta y el clarinete lanzan los « tres gritos sinistros » entre bastidores. El duo entre la bruja y Stello rebosa aborrecimiento y amargura. La Borghi y Bonnehée sostienen con un brio constante esta lucha terrible.

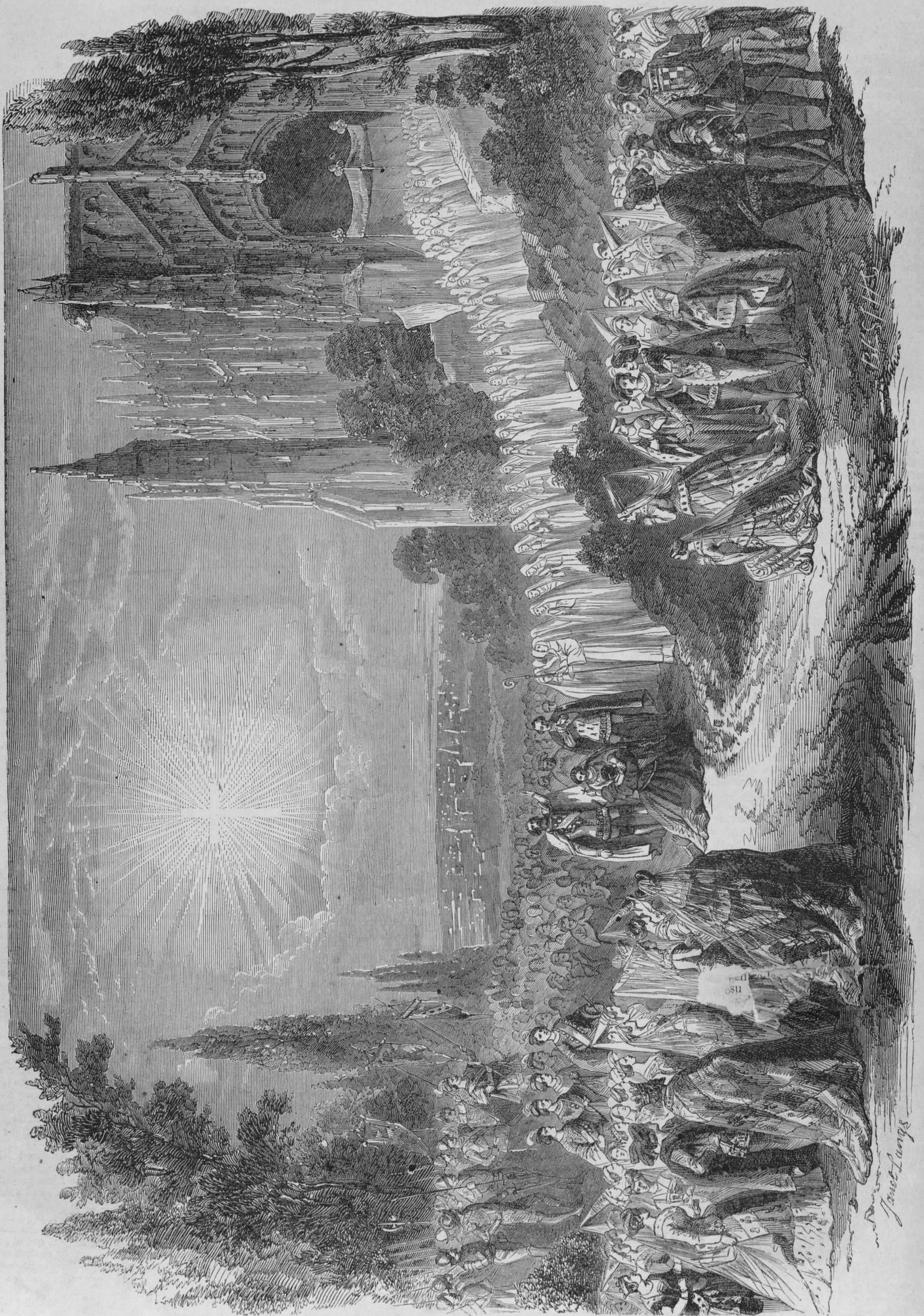
Melusina dice unas estrofas en la fiesta nocturna que arrancan grandes aplausos; la tempestad es una explosion formidable de las voces y los instrumentos.

Nos es imposible citar la crecida cantidad de piezas que se suceden en esta ópera, de una longitud desmesurada; sin embargo no queremos dejar de señalar un terceto cantado por la Borghi, Gueymard y Bonnehée, de una inspiracion difusa, pero de un efecto admirable. En el acto último se encuentra sin duda alguna lo principal de la *Magicienne*: la romanza de la Lauters, el duo entre las dos mujeres, el coro infernal, la plegaria de los tres cristianos y el canto religioso de Melusina cuando se convierte al cristianismo, merecen particular mencion en esta enumeracion rápida.

La ejecucion es muy digna de elogio. La Borghi es una artista de una voz soberbia y de una inteligencia musical que raya en primera linea. La Lauters canta con mucha pureza y frescura, y se distingue mucho en su papel de Blanca. Gueymard (René) es un tenor de extensas facultades, pero de un método incorrecto, y Bonnehée consigue justos aplausos, porque es uno de los buenos barítonos que existen en el dia.

Los coros y la orquesta de la Academia imperial de Música merecen siempre las mayores alabanzas. En la *Magicienne* hay varios bailes muy originales, entre ellos el que figura un juego de ajedrez animado; pero lo que hay sobre todo es un lujo de trajes y de decoraciones extraordinario. En la página siguiente está representada la del acto quinto con Melusina, René, Blanca y el conde. Es la escena de la conversion: una cruz luminosa cuya claridad lucha con la del sol, anuncia que el Altísimo acepta el arrepentimiento de Melusina y que su alma se ha salvado. Nada se ha podido ver mas grandioso y solemne que el aspecto del teatro en el momento que marca nuestra lámina.

MARIANO URRABIETA.



Teatro de la Academia imperial de Música. — La Magicienne, ópera de M. Halévy, acto 5º.

Janet Langs



Vista exterior de los edificios del Tattersall francés.

El Tattersall francés.

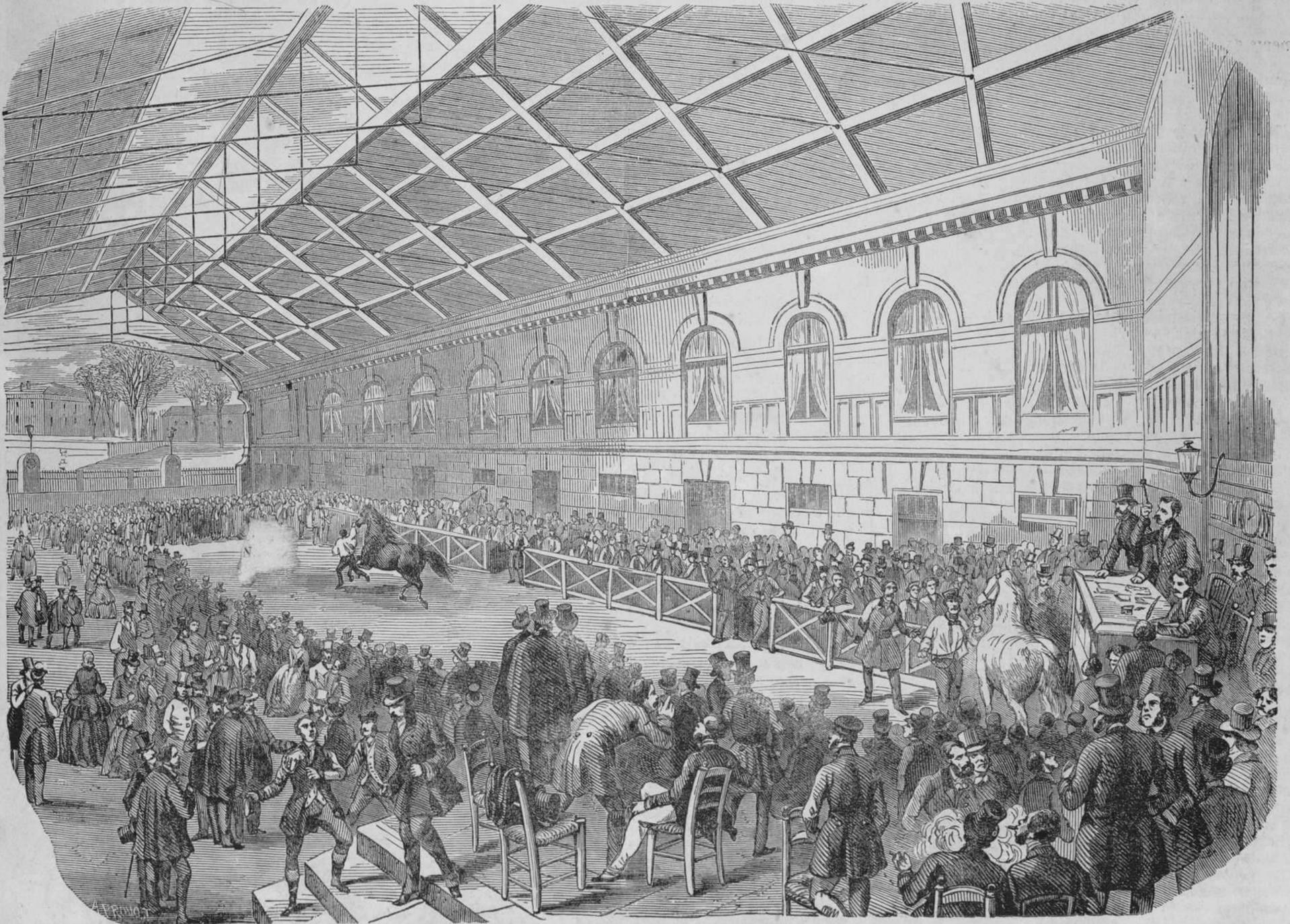
El caballo ha sido en todos tiempos un artículo importante del lujo de las clases ricas; pero lo es principalmente en la época moderna en que el desarrollo de la riqueza ha esparcido el gusto de la elegancia y de los goces de la fortuna. La difusión de este lujo ha acrecentado la producción de ese útil animal, y ha dado un carácter particular á la industria de los tratantes en caballos.

Pocas palabras sobre esta industria bastan para señalar grandes abusos que piden una corrección inmediata.

Para el tratante todos los caballos son buenos, pues todos deben venderse á las mejores condiciones posibles. Si la probidad le pone en el deber de señalar las imperfecciones y los defectos del animal, su interés personal le dicta que los calle. Además de los gastos de compra, cada caballo representa para el tratante un gasto diario de manutención que es casi el mismo para los malos y los buenos. Este desembolso improductivo recae sobre el comprador, y por esto llega á suceder que el precio de adquisición es exagerado, que la reventa á las mismas condiciones puede ser irrealizable y la pérdida segura.

Hé ahí la industria de los tratantes de caballos reducida á sus elementos mas sencillos.

Cuando se piensa en los inconvenientes y en los abusos que un comercio tan poco seguro trae consigo, se extraña que haya pasado tanto tiempo sin que nadie pensase en procurar al público las ventajas y las garantías que faltan por lo comun en las transacciones de esa clase. Por la prosperidad del Tattersall de Lóndres, la experiencia venia demostrando los buenos resultados que se podian esperar de una reforma en esta industria. La probidad que siempre ha presidido en la dirección de aquel establecimiento ha trasformado en cierto modo



El picadero, ó galería de las ventas.

la industria de los caballos entre los ingleses. Fundado en 1799 por Ricardo Tattersall con la ayuda de varios personajes eminentes, el *Tattersall's* ó el *Corner* es hoy el mercado principal de caballos que hay en el mundo. Su influencia moral se ha hecho sentir hasta en las apuestas de las carreras que estando libres de toda regla fija, no podían tener alguna seguridad sino por la existencia de un tribunal de honor. El Tattersall de Londres debe pues su inmenso crédito á su alta moralidad y á sus servicios.

Una institucion así faltaba en Francia, y tocábale á una alta solicitud el provocar esa reforma deseada por todos. Varios hombres recomendables que comprendían también los inconvenientes que presentaban la venta y compra de un caballo se propusieron fundar el Tattersall francés y gobernarle segun los mismos principios que el de Londres.

Se formó pues una sociedad bajo el nombre de Tattersall con el fin de dar á esas transacciones el carácter de honradez y lealtad que les faltaba, poniendo en presencia bajo la garantía de un agente oficial y público al vendedor y al comprador, en el instante mismo en que corresponden sus deseos, para no aumentar el precio del caballo con el doble gasto de una manutencion prolongada y con los beneficios arbitrarios del tratante.

La honradez es pues la tendencia natural del Tattersall y el fundamento del buen éxito que ha tenido. Su principal utilidad resulta de la facilidad que ofrece al vendedor para deshacerse inmediatamente de un caballo. Todas las antiguas dificultades y todas las lentitudes de otro tiempo están aquí suprimidas. El favor con que se miró el establecimiento desde el primer día le tiene ya bien señalado á todos los aficionados que buscan caballos. El vendedor está pues seguro de hallar un comprador en el Tattersall, y mediante el único desembolso de tres dias de manutencion durante los cuales su caballo se habrá visto, probado y tasado, tiene las mejores probabilidades posibles de sacar de él un partido satisfactorio.

Otra ventaja excepcional para el vendedor que no se encuentra en ningun otro establecimiento privado del mismo género, consiste en que no tiene que contribuir en nada á los gastos de venta. Gracias al decreto que ha hecho del Tattersall un establecimiento público, y que le ha permitido reducir los gastos de venta por un abono con la compañía de los comisarios-tasadores, no solo el derecho del comprador es mas reducido que en otras partes, sino que el vendedor que paga en otras casas un 5 por 100 no tiene nada que satisfacer en el Tattersall.

Pero la clientela del Tattersall no se compone únicamente de vendedores, y el establecimiento debe también proporcionar ventajas al comprador. Como sabe muy bien que mañana pueden cambiarse los papeles, no podría favorecer al uno sin perjudicar al otro; y de aquí la necesidad de un equilibrio perfecto en la direccion de esos dos intereses opuestos. El comprador encuentra pues en este sistema de venta todas las garantías posibles.

De este modo, durante los tres dias anteriores á la venta, tiene abiertas las caballerizas para hacer su eleccion; tiene tiempo para ver y probar los caballos que le agradan. Además la declaracion escrita del vendedor le sale garante de toda sorpresa. Para complemento de seguridad, el precio que paga se queda en la caja de la sociedad por cierto plazo, para que responda de las inexactitudes que el dueño puede cometer en su declaracion, inexactitudes que mediante esta precaucion se evitan, porque jamás pueden aprovechar al vendedor.

A mayor abundamiento, con este sistema de venta se consigue fijar en cierto modo el precio normal de los caballos. Las ventas públicas del Tattersall reúnen constantemente un concurso de aficionados y de hombres inteligentes. La libertad de los remates permite pues que se fije el valor real, segun las necesidades de la estacion, del momento y las sugerencias de las conveniencias individuales. Este punto nos parece importante puesto que liberta al comercio de caballos del precio arbitrario que solo aprovechaba á los tratantes.

En suma, el Tattersall presenta al público todas las ventajas de un establecimiento especial organizado en grande escala y con discernimiento por hombres que por su posicion y sus conocimientos prácticos se hallan en estado de juzgar de los verdaderos intereses del comercio de caballos, y de asegurar la lealtad en las transacciones. Además, como el Tattersall es un establecimiento público explotado por una compañía anónima, se encuentra naturalmente bajo la vigilancia del ministro de Comercio.

Vastos edificios permiten á la sociedad el corresponder á todas las necesidades de su útil empresa. Una parte de las caballerizas es para los animales entregados al Tattersall para ser mantenidos, y para los que están en venta. Los aficionados hallan allí una coleccion de caballos de lujo de toda procedencia, conocidos ya porque han estado algunas semanas en el establecimiento, y sobre los cuales se pueden dar las noticias mas precisas. Hay compartimientos separados para los garañones, los caballos de carrera, etc.

Una galería especial para los carruajes y arcos se halla abierta al público y ofrece una eleccion considerable de carruajes nuevos y de lance.

Las ventas públicas se efectúan todos los sábados y se anuncian por medio de un aviso con el catálogo de los artículos en venta en el periódico el *Sport*, destinado por su especialidad á los aficionados á caballos.

Todo está bien combinado pues en la institucion del

Tattersall para dar plera satisfaccion á los intereses que debe conciliar, y no cabe duda en que siguiendo como hasta hoy las huellas del *Corner* inglés alcanzará con el tiempo su mismo crédito y preponderancia. Los resultados obtenidos hasta hoy autorizan á vaticinar un gran desarrollo al establecimiento. Desde el 15 de octubre de 1853, época de su apertura, han pasado por él y figuran en sus registros mas de 8,000 caballos y de 900 carruajes.

En Burdeos y en Lion tratan de fundar establecimientos análogos, que serán siempre de mucha utilidad en las grandes ciudades del mundo.

JEFTÉ.

(Leyenda bíblica.)

PRIMERA PARTE.

CANTO PRIMERO.

Y dijéronle : Ven y sé nuestro príncipe para pelear contra los hijos de Ammon.

(I, Jueces, XI, 16.)

Cuando el arca de Dios templo tenia
De blandas pieles y nevado lino,
Y el pueblo del Señor no conocia
Del regio trono el esplendor divino:
Y en la tierra anhelada se engeña
Orgullosa y feroz con su destino;
La historia aconteció que agora cuento
Con fe sencilla, si con pobre acento.

Muda estaba la voz de los profetas,
Apagado el vigor de los guerreros,
Y las naciones á Israel sujetas
Aguzando en la sombra los aceros.
¡Israel, Israel, que al cielo retas
Adorando á los dioses extranjeros,
Guay, si por tus maldades te destina
El cielo á esclavitud, muerte y ruina!

Mas no es todo impiedad, mengua y locura
Del israelita en la region extensa,
Ni todo pecho en su abyeccion impura
El vicio acoge y la mentira incienso;
De pocos justos la virtud segura
Hacen de un pueblo soportar la ofensa,
Y aplazar en la diestra armipotente
Del supremo furor el rayo ardiente.

Honor y prez de la nacion judía,
De noble faz y de modesto labio,
Varon insigne en Manasés vivia,
Fuerte en la lid y en el consejo sabio;
Baja codicia rechazóle un dia
Del patrio hogar, y del fraterno agravio
Abriéndose el dolor, no la venganza,
Ganoso de luchar asíó una lanza.

Y allegósele al punto turba fiera
El sello del valor viendo en su frente,
Y andaz enarbolando su bandera
Llevó la guerra á la contraria gente;
Vencedor con los suyos por do quiera
Pudo alzarse á la vez rico y potente;
Mas sobrio en su ambicion, justo y sin dolo
Por su patria vencer codició solo.

Y por ella luchando con desvelo
Gastó el guerrero sus mejores años,
Cogiendo solo de su ingrato suelo
Larga copia de acerbos desengaños;
Por eso ya sin ilusion ni anhelo
Vive lejos de propios y de extraños
Con su Seila no mas, fruto perdido,
Y única prenda de su amor querido.

Era el momento en que callada el ave
Reposo busca en el vergel sombrío,
Y en que la brisa que vagó suave
Duerme en las ondas del diezgado río.
Sin pena el cuerpo sostener no sabe
La ardiente calma del pesado estio,
Jefté por eso se rindió una siesta
Al pié de un árbol que dosel le presta.

De fresca yerba sobre el blando lecho
El caudillo al reposo se abandona,
Tiene una mano sobre el fuerte pecho
Y el diestro brazo su cerviz corona;
Del sol un rayo penetró deshecho
Por el verde ramaje, y como zona
De menudas estrellas fué pasando,
Y su rostro apacible iluminando.

Mas del semblante varonil y bello
Abuyéntase de súbito el reposo,
Erizase en las sienas su cabello,
Gime el pecho cual lago tormentoso,
Que de la luz bajando en el destello
El ángel de los sueños, misterioso
Con su cetro al tocar su seno en calma,
Vision terrible presentó á su alma.

Al espíritu grande del Dios justo,
Sobre la tempestad miró irascible
Del pueblo ingrato retirarse angusto,
Velado el rostro en su esplendor terrible,
Y con férrea coraza y ceño adusto
Levantando un rumor desapacible,
Romper las urnas de inauditos males
El Querub de las iras celestiales.

Luego como dragones irritados
En negra noche que entre rayos cierra,
Ejércitos y ejércitos airados
Precedidos del ángel de la guerra,
Y el furor y la muerte despiadados,
La esclavitud que al generoso aterra,
Todo con espantoso clamoreo
Bajar terrible sobre el pueblo hebreo.

La inulta sangre por do quier humea
Trocando en lagos la feraz campiña,
Vapor infecto como nube ondea
Atrayendo las aves de rapiña;
Son las ciudades funeraria tea,
Yendo como rebaño que se apiña,
Hasta la infancia en la tormenta impura,
Cual rota nave á perdicion segura.

Y un rumor percibió luego sombrío
Cual de hojarasca donde el fuego impera,
Que acallando el doliente vocerío
Dijo creciendo en la celeste esfera:
«Jefté, levanta, y del nefando impio
Salva á ese pueblo que morir debiera:»
E inundado en sudor, torvo y sañudo
Abrió los ojos con asombro mudo.

Pero á Seila no mas halló á su lado
Que tierna y cariñosa le miraba;
Del fruto de la vid tiene colmado
Leve cesto que el brazo sujetaba,
Y en la diestra con pámpanos velado
Ramo de lirios, que del sol guardaba
Con el conato y cuidadoso aliño
Que tierna madre al delicado niño.

Padre, perdona si turbé tu sueño,
Dijo la jóven candorosa y bella,
Mas vienen extranjeros con empeño
Buscándote, señor, tras de mi huella.
Y él de su frente despejando el ceño,
Repuso con blandura á la doncella:
«Que hallen en nuestro hogar franca acogida
Y me al áncimo pan grata bebida.»

Y tras ella partió. Mas cual detiene
De pasmo yerto el segador la planta,
La sierpe hollando que la mies contiene
Y en espiral de pronto se levanta,
Quedó ante el grupo que á su encuentro viene
Anudada la voz en la garganta,
Viendo á los mismos que con saña fiera
Le echaron del hogar en que naciera.

Y ellos presa de un vértigo la mente
Soportar no pudiendo su mirada,
Sin que justo rubor cual llama ardiente
De púrpura la faz deje bañada,
Conturbados se inclinan. Mas la frente
De nevados cabellos coronada
Alzó de Galaad, varon severo,
Y con noble ademán dijo al guerrero:

La paz de Dios sobre tu casa sea.

JEFTÉ.

Con vosotros él venga á mi morada.

ANCIANO.

Sin que benigno á mi anhelar te vea
No la hollará mi planta fatigada.

JEFTÉ.

¿Qué de su siervo mi señor desea?

ANCIANO.

Grande es el Dios que fecundó la nada,
El nos conduce á si por hondo arcano;
Escucha pues mi voz.

JEFTÉ.

Comienza, anciano.

ANCIANO.

Prevaricó Israel, y el Filisteo
Como banda de buitres carnícera,
Por la tierra que fué del Amorreo
Dilató sanguinario su carrera;
Benjamin y Judá fueron trofeo
De su ardiente rencor, y en saña fiera
De Ammon los hijos el Jordan pasaron,
Y de Arnon á Sichen nos asolaron.

¡Justicia fué de Dios! Con fuerte mano
Entezamos el arco en la campaña,
Mas de Ammon el ejército inhumano
En nuestra sangre con furor se baña;
Tres veces ¡ay! bajo su hierro insano
Deshechos fuimos con vergüenza y saña,
Y hoy no se alza un varón ¡suerte irrisoria!
Que nos lleve á morir ó á la victoria.

Dios contigo, Jetté, fué por do quiera,
Dispuesto al bien tu corazón te halle,
El pueblo por caudillo te eligiera,
Que el peligro común tu agravio acalle.
No habrá quien al tenderse tu bandera
Ardoroso á su sombra no batalle,
Juzgando ver en tu potente brio
Al invicto Josué contra el impío.

Apréstate á la lid, la patria llora,
Y antes que expire en desigual pelea,
El noble arrojo que en tu pecho mora
Valor inspire á la nación hebrea:
No dejes, no, que cuando así te implora,
Escarnio vil del enemigo sea,
Y nuestra fuerza y libertad pasadas
Tiendas para una noche levantadas.

Dijo, y Jetté que palpante oía,
Con encendida faz y claro acento
Clamó á su vez: Pues el Señor es guía,
El esfuerzo daráme y ardimiento;
Si guerra ha menester la patria mía,
De ella serán mi corazón, mi aliento;
Pero maldito aquel que el odio inflame
Y sin justa razón sangre derrame.

Id al campo enemigo, de la oliva
Al contrario llevad la verde rama,
Decid que esta nación noble y altiva
La paz le ofrece y á razón le llama,
Sabido al par, si respondiese esquivada
La enorme hueste que á Satan aclama,
Que caerán cual las plagas mas horribles
El Señor y Jetté sobre sus tiendas.

CANTO SEGUNDO.

Mas el rey de los hijos de Ammon
no quiso dar oídos á las razones
de Jetté que le envió á decir
por los mensajeros.

(I, Jueces, XI, 28.)

El momento llegó; con fiero arrojo
Respondiera tenaz el Ammonita,
Y en ansia de saciar su justo enojo
A terrible contienda
Jetté á las haced de Israel concita.

Del triste ensueño la visión tremenda
Levántase de pronto en su memoria,
Y henchido del espíritu divino
La enseña tremolando de su gloria,
Con acento potente,
Chispeante la vista enfurecida,
La faz severa, la cerviz erguida,
Y erizado el cabello en la alta frente
Que de sólido brillo se rodea,
Va llamando al combate, á la venganza,
Como león en cólera encendido,
Que sediento de sangre y de matanza
La selva atruena con feroz rugido.

De Manasés los términos recorre,
De Masifa y Galaad: todo á su acento
Se conmueve, se indigna, se levanta,
Bien como á impulso de huracán violento
Las hojas sacudidas en la planta
Con murmullo se agitan un momento;
Pero cediendo al vigoroso empuje
Dóciles van en su existencia nueva
Al antojo del viento que las lleva.
Jetté arrebatada al desaliento inerte
La juventud guerrera,
Que en generosa ira
Vuela á encontrar la muchedumbre fiera
Que allá en los campos de Aroer se mira.

CANTO TERCERO.

Hizo un voto al Señor diciendo:
si pusieses en mis manos á los hijos
de Ammon.

El primero sea el que fuere que
saliera de las puertas de mi casa,
y viniere á encontrarme cuando
vuelva en paz de los hijos de Ammon,
lo ofreceré al Señor en holocausto.

(I, Jueces, XI, 30 y 31.)

Siempre de sangre y de botín sediento
Aunque de sangre y de botín colmado,
Entre Aroer y Mennith su campamento
Fijó un instante el Ammonita osado;
Llenan sus gritos la extensión del viento,
Sus guerreros el valle dilatado,
Turbando los mas fuertes corazones
Sus carros, sus aprestos y legiones.

Monarca formidable, cual coloso
Al frente de sus huestes se le mira,
Sobre el carro que monta impetuoso
Enhiesta la cerviz que el odio inspira,
Extendido su brazo sanguinoso
Sobre la tierra que de horror suspira,
Señalando á los suyos la comarca
Que á su voz ha de ser sangrienta charca.

Y al contemplarla de su yugo exenta
Con satánico gozo se sonríe,
Su hidrópico anhelar mas se acrecienta,
Del triunfo cierto el corazón se engríe.
¡Cuán rica á nuestros ojos se presenta!
Dice á los suyos; mi poder os guíe,
Que aunque resista en la contienda brava,
Yo su dueño seré y ella mi esclava.

Venid, y el pelotón de esos guerreros
Que vemos á los rayos de la aurora,
Deshagan nuestros inclitos aceros
Como deshace el sol niebla traidora:
Como insectos humildes y rastrosos
No turben nuestra marcha vencedora,
Y hundan en sus espaldas mis caballos
La dura marca de sus duros callos.

Pero es Jetté quien á su encuentro avanza
Con hueste escasa mas de arrojo llena,
Que puesta en el Señor toda esperanza,
Ansia la lucha de temor agena;
Tras el denso vapor que en lontananza
Del valle sube á la región serena,
Pronto el campo enemigo le aparece,
Y de impaciencia y saña se estremece.

Pero el ángel del mal con vuelo infando
Las filas de Israel corre un momento,
Cual sutil airecillo susurrando
Palabras de cobarde desaliento;
No mas pronto la selva va doblando
Su liviano ramaje al raudal viento,
Que en sus volubles corazones vierte
El terror vergonzoso de la muerte.

Y tiemblan descubriendo los pendones
Del idólatra audaz, que al sol naciente
Ordena sus beligeros varones;
Brillan las armas con el rayo ardiente,
Parodiando de lejos sus legiones
A las ondas de un mar fiero y rugiente,
Que un gesto del Señor aguarda solo
Para el mundo cubrir de polo á polo.

Y apagada la fe, santa lumbrera
Que alienta el corazón y el triunfo excita,
Alza un vago murmullo por do quiera
Pronto á cobarde fuga el Israelita:
Irritado Jetté, mirada fiera
Tendió sobre su hueste y la amonita,
Y en el asombro de la prueba ruda
Solo juzgóse y le asaltó la duda.

Mas rechazando el pensamiento odioso,
Clamó al Dios que en la altura centellea:
Si hoy postras por mi mano al que ominoso
Con sus sangrientas haced nos rodea,
Al volver á mi casa victorioso
El ser primero que á mi vista sea,
Cualquier que fuese, por el hecho fausto,
Te lo ofrezco, Señor, en holocausto.

Y volviendo á Israel, con santo arrojo,
Siento, gritó, que el corazón me late;
El que apartó las aguas del mar Rojo
Nos dará fuerza en el terrible embate;

Recordad que en Merome halló su enojo
De Sisara las huestes... ¡Al combate!
El Dios de Gedeon es quien nos guía.
¡Muerte ó venganza de la hueste impía!

Y cual fiero león que se desprenda
Del inmundo reptil que le rodea,
Rauda como la llama que se prende
A la tostada mies que al viento ondea,
Espantosa cual nube que se enciende
Brotando el rayo que en su seno crea,
La falange israelita se avalanza
Clamando con Jetté: ¡Muerte ó venganza!

MARIA MENDOZA DE VIVES.

(Se continuará.)

Ferro-carril de Lion á Ginebra.

APERTURA DE LA SECCION DE SEYSEL Á GINEBRA.

La sociedad anónima del ferro-carril de Lion á Ginebra acaba de abrir la sección de Seyssel á Ginebra, que según el pliego de condiciones solo debía entregarse á la circulación en abril de 1859.

Esta sociedad, constituida por 99 años por decreto de 6 de agosto de 1833, tenía por objeto poner en comunicación á Paris, los puertos de la Mancha y del Océano Atlántico con Ginebra, el Piamonte y la Italia; y á Lion y Marsella con la Suiza y la Saboya.

Hoy Paris solo se encuentra á 620 kilómetros de Ginebra y á 390 kilómetros de Chambery; Lion á 160 kilómetros de Ginebra y á 130 de Chambery, y Marsella á 510 kilómetros de Ginebra.

El camino se compone de una línea principal de Lion á Ginebra y de un ramal de Amberieux á Macon por Bourg. Por sus extremidades toca á Lion, á Macon y á la Saboya. Atraviesa el departamento del Ain siguiendo dos diagonales que absorberán el tráfico local y el tránsito del Este al Oeste y del Norte al Sur. El camino tiene 229 kilómetros, de ellos 12 en el territorio suizo. Sus prolongaciones le han dado 23 kilómetros mas.

Grandes intereses se hallan relacionados con esta línea internacional. — Recibirá todas las expediciones que llegarán á Lion para la Suiza por la línea del Mediterráneo y por el Gran Central, y en Macon tendrá las precedencias del oeste y del noroeste de la Francia. De Lion á Bourg forma parte de la dirección natural que recorre el tránsito del Ródano al Rhin, y puede recibir también una porción notable del tránsito del Mediterráneo á Mulhouse y de las procedencias del Este.

En Ginebra, punto donde se detiene hoy, la línea férrea sirve de prolongación á los caminos que atraviesan la Suiza, y comunican en torno de Basilea y del lago de Constanza con los caminos de Alemania.

Por último en Culoz se aproxima á las líneas piamontesas que le reunirán con toda la Italia.

Los gastos de ejecución del proyecto de Lion á Ginebra fueron calculados en 1833 por el gobierno en 62.250.000 francos. La Suiza suministró una subvención de dos millones, la Francia dió otra de quince, y el resto fué obtenido por acciones. En 1835 el capital debió elevarse á 64.116.000 francos; y por último en 1858, comprendiendo el ramal de Versoix, los gastos ascendieron al total de 112.500.000 francos, ó sean 474,600 francos por kilómetro. Los beneficios futuros de la compañía estriban en el número siempre creciente de viajeros que se dirigen de Paris á Lion y á Ginebra, y en el transporte de granos, harinas, metales, vinos y espíritus, carbones, artículos coloniales, maderas de construcción, tejidos, quesos, ganados y otras mercancías menos considerables.

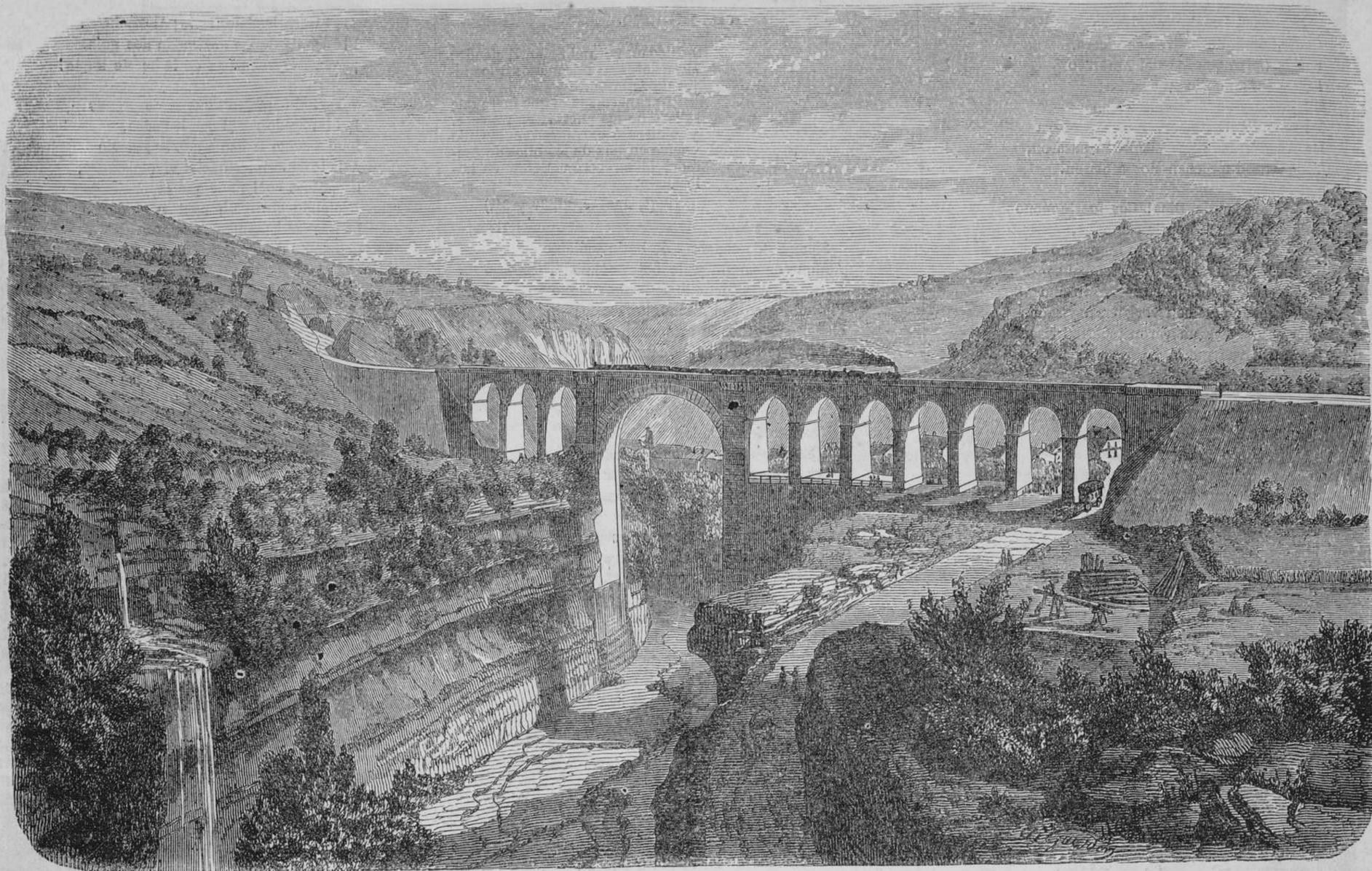
Indicados ya los fines y las ventajas del ferro-carril de Lion á Ginebra, vamos á recorrer la línea. — Hemos pues en Bourg, donde la locomotora impaciente nos espera: Bourg en Bresse fué edificado en el Resousse para 11,461 habitantes. Visitando su colegio, sus escuelas normal y comunal, su pirámide en honor de Joubert, su magnífico hospital, donde está la tumba de Margarita de Austria, la fundadora, la biblioteca y el jardín botánico, ya se ha visto lo que encierra de mas notable. — De Lion á Bourg se cuentan 75 kilómetros.

El departamento donde el pueblo de Bourg es cabeza de partido, se extiende sobre una superficie de 580,000 hectáreas, y tiene según el último censo 370,719 habitantes. El suelo pantanoso en el Sur y en el Oeste, es montaraz al Este: la riqueza del país consiste en hierro, asfalto, piedras litográficas, maderas de construcción, vinos y ganados. Las manufacturas carecen de importancia.

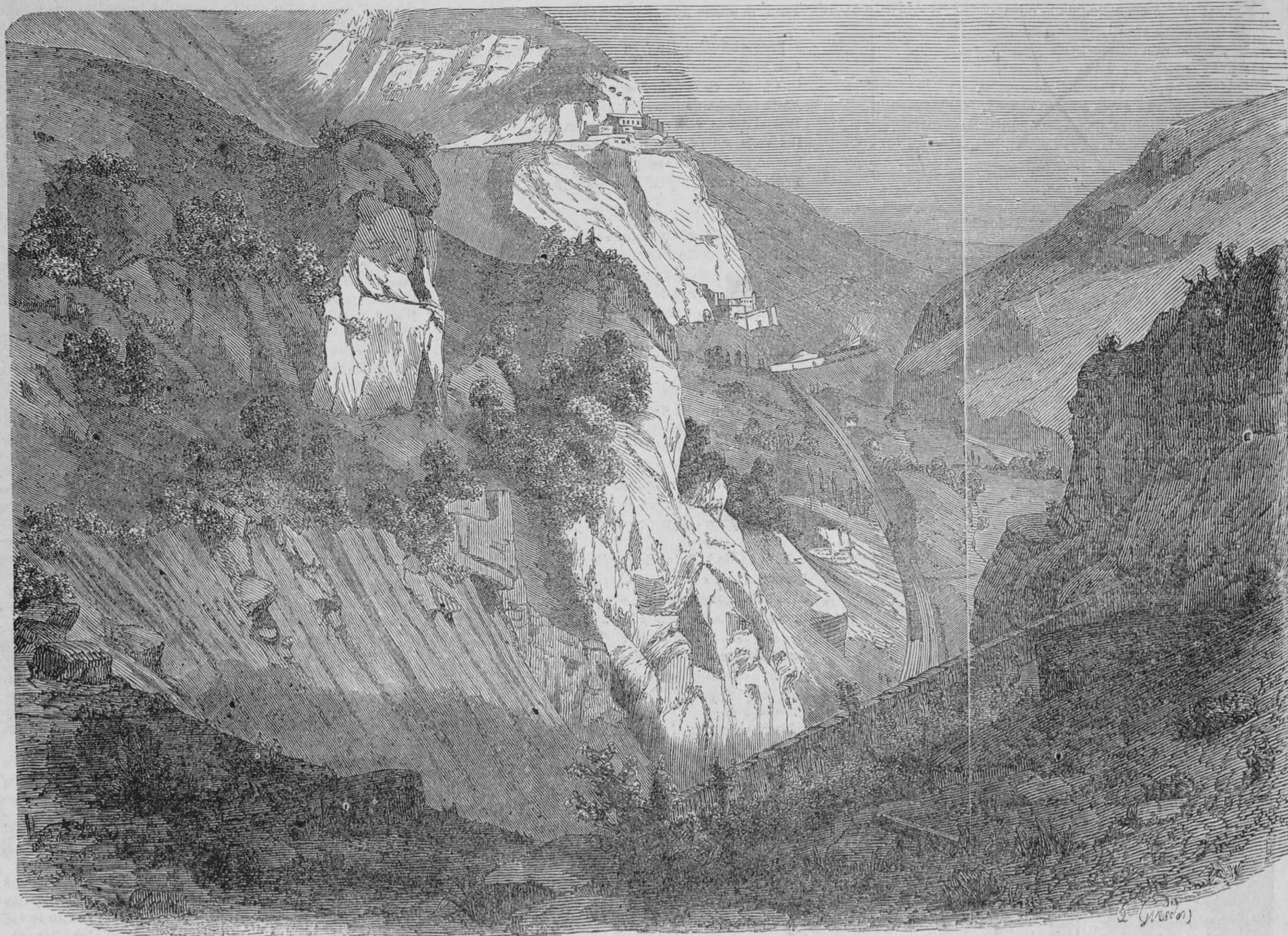
Las principales poblaciones del Ain despues de su prefectura son Nantua, Trevoux, Belley y Gex.

A 18 kilómetros de Bourg se encuentra el pueblecillo de 1,500 almas que llaman Pont-d'Ain, á causa de su río que da nombre al departamento; su antigua fortaleza, que perteneció á los duques de Saboya, merece llamar la atención del viajero. El puente que atraviesa el tren ofreció como el de Chazey dificultades imprevistas en la construcción que aumentaron mucho su coste.

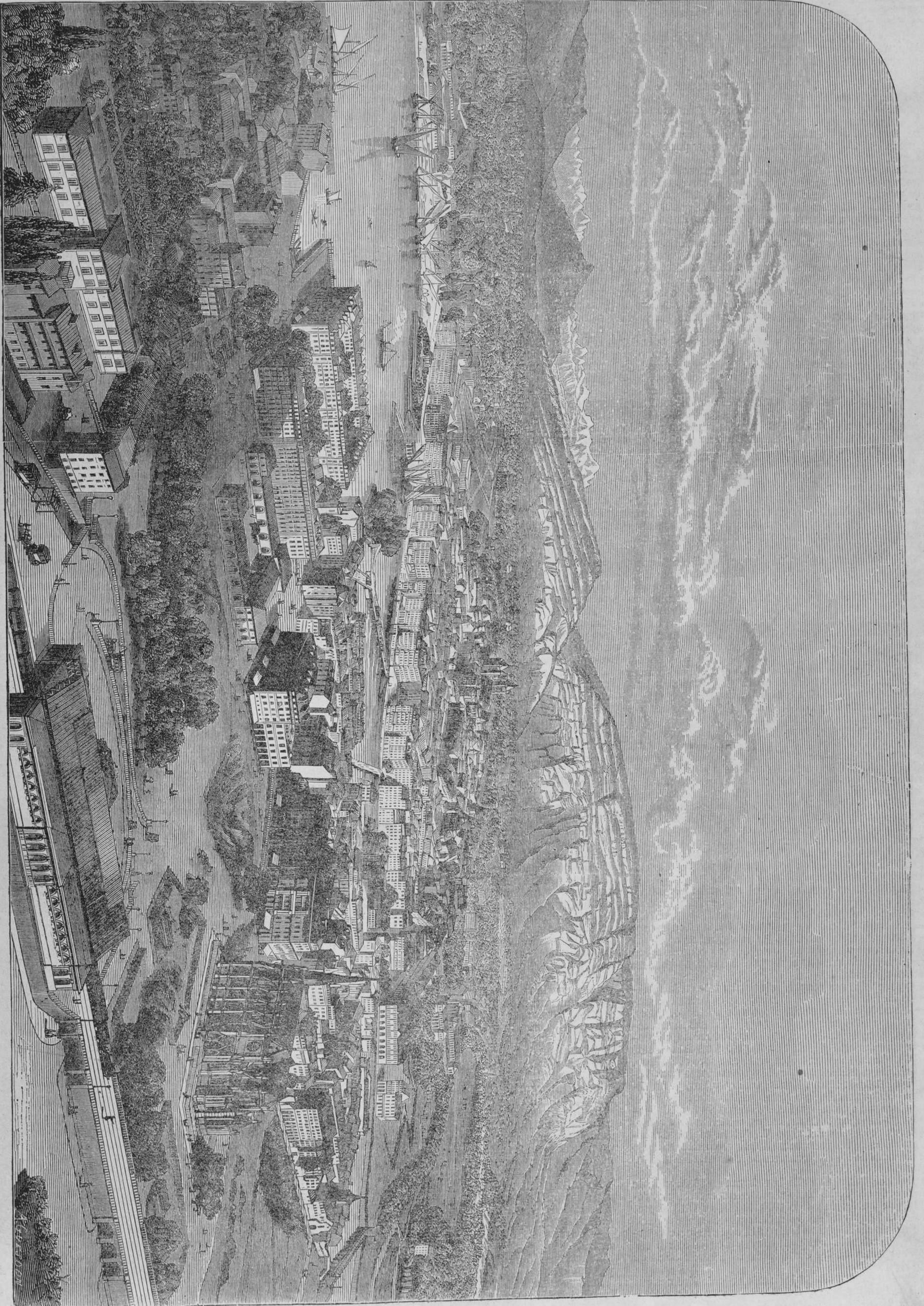
Once kilómetros mas allá Amberieux nos muestra sus fábricas de paño para el ejército y sus 2,700 habitantes activos é inteligentes. En esta localidad se reúne la línea férrea de Lion. De Amberieux á Seyssel no se hallaron obstáculos sino en dos puntos, en el subterráneo de Pugieu, situado entre Rossillon y Virieux-le-Grand y en



Apertura del ferro-carril de Lion á Ginebra. — Puente viaducto del Valserine y tunel del Credo.



Salida hácia Ginebra del tunel del Credo y fuerte de la Esclusa.



Vista general de Ginebra, tomada del embarcadero del ferro-carril de Lion á Ginebra.

la travesía de las llanuras pantanosas de la embocadura del Seran. El largo total del túnel de Pugieu es de 472 metros, y ha costado 920,000 francos.

Después de Amberieux viene Saint-Rambert, á 32 kilómetros de Bourg. Este pueblo, de unas 1,400 almas, no tiene nada de notable.

Siguen Virieux-le-Grand y Culoz donde la línea viene á tocar la orilla del Ródano en frente de Aix-los-Baños. En Aix arranca el ferro-carril de Victor Manuel. Aun existe un claro de 20 kilómetros entre el último pueblo y Culoz; que se suprime cuanto antes, y la compañía del ferro-carril de Lion á Ginebra habrá abierto una nueva comunicacion entre Paris y Turin por el monte Cenís, que se está perforando en el día.

Estamos en Seyssel, pueblo de la frontera, á 34 kilómetros de Ginebra; el Ródano aquí es navegable hasta la mar, con gran satisfaccion de los 4,300 habitantes muy dados al comercio. En la seccion de Seyssel á Ginebra se hallan concentradas las obras mas considerables de la línea que seguimos: el subterráneo del Credo, de 3,940 metros cuesta 7.430,000 francos; los subterráneos consecutivos de Bognes, de Genissiat y del Paradis, de 2,600 metros en cuatro partes cuestan 2.900,000 francos; el viaducto del Vezeronce, de 38 metros de altura, cuesta 600,000 francos, y el del Valserine, que tiene 50, cuesta 500,000 francos. Por último la zanja inmensa de Chatelaine, cerca de Ginebra, comprende cerca de 340,000 metros cúbicos de terreno vaciado.

Admiremos á toda velocidad ese hermoso valle del Valserine, que dominamos desde lo alto del viaducto, y entremos en el túnel del Credo, tan largo como el de Blaisy, del ferro-carril de Lion á Paris. Tres años y medio se han gastado en la ejecucion de este túnel inmenso. El Credo es el último promontorio de la cordillera del Jura.

Echemos una mirada á Bellegarde, que ha perdido toda su poesía desde que ya el Ródano no se pierde mas entre sus rocas.

Saludemos el fuerte de la Esclusa, situado sobre el Ródano á 22 kilómetros de Ginebra. Es la llave de la Francia entre esta ciudad y Seyssel. Acaban de ejecutarse aquí buenos trabajos de defensa; se ha aumentado el número de baterías y la fuerza de ellas. Esta fortaleza se destaca en blanco en la lontananza del paisaje grandioso y salvaje que se ve reproducido en la tercera de nuestras láminas.

Por fin tocamos al término de nuestro viaje: Ginebra aparece á lo lejos, y poco después saltamos en su embarcadero.

Ginebra (en alemán *Genf*, en italiano *Ginevra*, en inglés *Geneva*, en francés *Genève* y en latín *Genevas*, *atis*) es una ciudad fortificada que se encuentra en la extremidad sudoeste del lago de Ginebra sobre las márgenes del Ródano, río de 800 kilómetros navegable de Seyssel á Marsella.

La elevacion de esta ciudad sobre el nivel del mar es de 372 metros. Su latitud es 46° 12' N. por 3° 48' de longitud E. La temperatura media del año es de 11° 11'; la del invierno 1° 11'; y la del verano 18° 93 centímetros. La poblacion pasa de 30,000 almas.

Ginebra, la ciudad mas poblada é industriosa de la Suiza, es la residencia de la administracion central del canton; posee una catedral, una universidad académica fundada por Calvino en 1368, con facultades de teología, de derecho, de ciencias y de letras; un colegio con diez y seis profesores; una escuela de artes y manufacturas; una biblioteca de 40,000 volúmenes; una coleccion considerable de manuscritos estimados; un jardín botánico, un observatorio, un museo de historia natural, varias iglesias pintorescas consagradas al culto católico romano, al calvinismo y al luteranismo, y una sinagoga. Tambien hay algunas corporaciones científicas y varios institutos de beneficencia.

La ciudad se halla dividida en dos partes: la mas pequeña, en la orilla derecha se llama el *barrio de San German*, y es el centro del comercio. En medio está la *Isla*, paseo favorito adornado con una estatua de Rousseau y una hermosa vista del lago. La isla comunica con las dos orillas por varios puentes elegantes y cómodos. Una máquina hidráulica eleva el agua del Ródano para las fuentes públicas.

Los ginebrinos se ocupan principalmente en la fabricacion de relojes, cajas de música, instrumentos de matemáticas, joyería, cuchillería, armas de fuego, limas, instrumentos de música, paños y chales. Las manufacturas de relojes cuentan mas de 3,000 obreros que producen anualmente mas de 100,000 relojes, casi todos de oro. Ginebra tiene excelentes muelles sobre el Ródano, un tránsito considerable por el lago y vapores para Villeneuve, Coppet, Nyon, Rolles, Ouchy y Vevey. En Ginebra han nacido muchos hombres notables.

Ginebra, una de las ciudades famosas de los Allobroges en los tiempos de César, estuvo sometida á los romanos hasta principios del siglo V. Fué la capital del segundo reino de Borgoña hasta 1034, y permaneció bajo la soberanía de los emperadores de Alemania hasta principios del siglo XVI.

Calvino introdujo en ella la reforma en 1535, y desde entonces se consideró como el centro del calvinismo. Tomada por los franceses en 1798, fué hasta 1813 la prefectura del departamento del Lemán que formaba parte del imperio de Napoleon I. En 1814 con un estrecho territorio fué reunida á la Confederacion helvética. Desde entonces hasta el día su historia es bien conocida en todo el mundo.

Volviendo ahora al asunto de este artículo diremos que una vez terminadas las líneas italianas, el trayecto de Paris á Turin se efectuará en 32 horas. Entre Turin y

Milan el claro de Novara no existirá ya. De Turin á Milan se va en 9 horas; de modo que el trayecto total de Paris á Milan por las líneas de Lion á Ginebra y del Victor Manuel se efectuará en 41 horas. Por otra parte la administracion de postas de Cerdeña hará salir de Génova para Liorna y Civita-Vecchia un vapor en correspondencia directa con el servicio de Lion á Ginebra. — En fin, en toda la línea que acaba de abrirse se ha dispuesto un servicio de correspondencia para los puntos intermedios.

A. M.

NOVELAS RUSAS.

Una amistad á toda prueba.

(Conclusion.)

La vida de entrambos esposos trascurre apaciblemente. Con la dulce Viera no era posible tener un altercado, ni aun siquiera estar en desacuerdo; pero en los mas pequeños incidentes de su existencia se podia notar que sus corazones se alejaban poco á poco el uno del otro, como se nota en el estado físico de un herido la influencia de una llaga invisible.

Viera no tenia costumbre de quejarse. Además ni aun en mientes habia podido acusar á su marido, y ni reparaba que no era muy gustoso el vivir en su compañía.

Únicamente dos personas comprendian su situacion, y eran su anciano padre y el buen Pedro. Cuando ella iba á ver á su padre, este la recibia con una ternura melancólica, la miraba con una expresion de conmiseracion, y no le hacia ninguna pregunta acerca de su vida doméstica.

Pero suspiraba, y al pasearse por el cuarto sus dos exclamaciones perpetuas « ¡Brau! ¡Brau! » no resonaban ya como antiguamente, no tenian el acento de un alma pacífica desprendida de todos los cuidados de la tierra. Desde el día en que su hija le abandonó, su rostro se puso pálido y sus cabellos encanecieron poco á poco.

Tampoco podian ocultarse á los ojos de Pedro los padecimientos secretos de Viera. La jóven no exigia que su marido se ocupara de ella ni que se tomara el trabajo de darla conversacion; pero sí la desconsolaba el pensamiento de que su compañía le era enojosa.

Pedro la sorprendió una vez sentada en un rincón, con el rostro vuelto hácia la pared, inmóvil y llorando. Así como su padre, á quien se parecia en tantas cosas, no queria que viese nadie sus lágrimas, y las enjugaba con presteza aun estando sola.

Pedro se alejó de puntillas, pues habia formado el propósito de no dejarla adivinar que comprendia el secreto de su dolor.

En cambio estuvo muy duro con Boris. Nunca á la verdad llegó á decirle esas palabras crueles que hasta los hombres mas bondadosos no pueden menos de pronunciar en los momentos de extravío:

— ¡Ya te anuncié de antemano lo que te habia de suceder!

Pero sí le reconvinó vivamente por su indiferencia hácia la jóven, y le obligó á que fuera á ella y la preguntara qué es lo que tenia.

Viera le miró con tal serenidad y le respondió con tal dulzura, que él se alejó muy descontento con los recelos que su amigo le habia manifestado, pero muy satisfecho al pensar que Viera no sospechaba cuál era el estado de su corazón respecto de ella.

Así pasó el invierno. Semejante situacion no puede prolongarse mucho, y conduce á una separacion ó á un cambio que rara vez es dichoso.

Boris no se mostraba ni exigente ni arrebatado como les sucede á menudo á los hombres que conocen obran mal; tampoco se abandonaba al sarcasmo ni á las burlas amargas; por su mente habia cruzado una idea nueva, la de emprender un viaje en tiempo oportuno.

— ¡Un viaje! se decia por la mañana; ¡un viaje! se repetia por la noche al acostarse, y esta palabra tenia para él un encanto indecible.

Antes de tomar esta última resolucion quiso distraerse visitando á Sofia Cirilovna; pero la jóven viuda con su lenguaje pretencioso, con su sonrisa afectada y su loca coquetería produjo en él una impresion desagradable.

— ¡Qué diferencia, exclamó, con la naturaleza sencilla de Viera!

Y sin embargo, no podia renunciar al pensamiento de separarse de su esposa.

La primavera, la mágica primavera que reanima la naturaleza toda, que hace viajar á los pájaros atravesando los mares, puso fin á sus incertidumbres, y dió un postrer impulso á su pensamiento. Pretextó que tenia un asunto grave que habia descuidado demasiado, y que le obligaba en fin á marchar á San Petersburgo.

No obstante, al despedirse de Viera su corazón se oprimió; se condolia separándose de una mujer tan suave y bondadosa, y sus lágrimas corrieron por la frente pálida en que depositaba un último beso.

— Volveré pronto, la dijo, y te escribiré, mi querida amiga.

La recomendó mucho á Pedro, y subió al coche triste y pensativo.

Pero su tristeza se disipó á la vista de las llanuras riuueñas y de la primera verdura tan fresca y tan tierna de los sauces y de los álamos esparcidos por su camino.

Una alegría indefinible, un entusiasmo juvenil se apoderó de su alma.

Sintió que se dilataba su corazón, y al dirigir sus miradas hácia el horizonte lejano, exclamó con el poeta:

— No pueden atarse con los mismos lazos al caballo fogoso y á la cierva tímida.

Viera se habia quedado sola, pero Pedro iba á menudo á verla, y su padre se habia decidido á dejar su querido gabinete para reunirse con su hija. ¡Qué alegría experimentaron al hallarse juntos! Tenian los mismos gustos y los mismos hábitos!

Sin embargo, Boris no habia caído en el olvido; al contrario, era como el lazo de su reunion. A menudo hablaban de él, de su talento, de su instruccion, de su bondad; hasta parecia que su ausencia estaba sirviendo para que apreciaran mejor sus cualidades.

Hacia un tiempo hermosísimo; los días se sucedian serenos, como esas grandes nubes blancas y luminosas que flotan en la superficie de un cielo azul.

El viajero no escribia con frecuencia, pero sus cartas eran leídas y releídas con avidez; en cada una de ellas hablaba de su próximo regreso; pero Pedro llegó á recibir una que traía otra noticia. Hé aquí su contenido:

« Mi querido amigo: largo tiempo he reflexionado cómo debia principiar esta carta, y después de haberlo pensado mucho, prefiero decirte redondamente que voy á un país extranjero. Esta noticia te sorprenderá, te irritará sin duda. No podias suponer semejante cosa y tienes derecho para acusarme. No trataré de justificarme, y te confieso que me lleno de confusion al pensar en tus justas reconvencciones. Pero óyeme con algun interés. Primeramente me alejo por poco tiempo, y voy con personas de un trato ameno y agradable; en segundo lugar me hallo en la persuasion de que después de haber cedido á este último capricho, después de haber satisfecho este deseo de ver nuevos países, volveré con gusto á la vida casera; sabré apreciar como debo la gracia inmerecida que me ha dado la suerte al proporcionarme una mujer como Viera. Te suplico que la hagas comprender bien estas ideas enseñándola la presente. Hoy no la escribo en particular, pero lo haré desde Stettin al regreso del vapor. Entre tanto dila que me prosterno á sus piés, que la pido no condene á su picaro marido. Tal como es, con su alma angelical, estoy seguro de que me perdonará, y juro por lo mas sagrado que hay en el mundo, que dentro de tres meses estaré reunido con ella, y hasta mi última hora ningun poder humano me hará abandonarla un solo instante. Adios, amigo mio. Recibe un abrazo, y dí á mi querida Viera que beso sus preciosas manos. Enviadme vuestras cartas á Stettin, que de allí os escribiré. Si sucediera alguna desgracia ó algo imprevisto en mi casa, cuento contigo como con un apoyo invariable.

» Tu amigo BORIS VIASOVNIN. »

¡Ay! Las esperanzas que esta carta contenia no debian realizarse nunca. El vapor llegaba á Stettin, y la tierra extranjera se desarrollaba á la vista de los pasajeros iluminada por los rayos de un sol esplendente. Apoyado en la balastrada del buque y absorto en una contemplacion vaga, Boris fijaba la vista en las olas verdes y profundas que se abrian gimiendo bajo la rueda del vapor, y que con sus rápidas vueltas le regaba de espuma. En su inmovilidad, en su contemplacion, de repente el vértigo le trastornó la cabeza y cayó al mar. En el mismo instante pararon el buque, y lanzaron un bote al agua, pero era tarde; Boris habia cesado de existir.

Pedro habia sentido ya un disgusto cruel al comunicar á Viera la carta de su marido; pero cuando se trató de revelar la el secreto fatal, estuvo á punto de perder el juicio.

Miguel fué el primero que supo la noticia por los periódicos. Inmediatamente resolvió anunciarla á Pedro, y para esto se llevó á Onofre con quien se habia reconciliado.

Al entrar en casa de Vasilitch, exclamó:

— ¡Qué desgracia!... Figuraos...

Pedro no quiso creer al pronto lo que oia; pero cuando al fin no pudo dudar ya de la catastrophe, estuvo todo un día sin atreverse á presentarse á lante de Viera. Por último se presentó, pero tan pálido y tan abatido, que la jóven al verle se sintió aterrada. Quería prepararla poco á poco antes de comunicarle su infortunio, pero sus fuerzas le vendieron, y cayó sobre una silla murmurando entre sollozos:

— ¡Ha muerto! ¡ha muerto!

Pasó un año. Con frecuencia del tronco de los árboles cortados se ven salir vástagos tiernos; con frecuencia las llagas mas hondas se cicatrizan; la vida triunfa de la muerte que á su vez triunfará de la vida. Poco á poco Viera se consoló y principió á reanimarse.

El difunto no era uno de esos hombres que no pueden ser reemplazados, si es que hay en el mundo algunos que merecen ese honor supremo, y Viera tampoco era mujer que pudiera consagrar toda su vida á un sentimiento único, si es que hay sentimientos dotados de semejante poderío. Se habia casado sin pesar, pero sin entusiasmo; habia sido fiel á su marido, pero no podia darle toda su existencia. Le lloró sinceramente, pero con medida: es todo cuanto puede exigirse.

Pedro siguió visitándola. Era su amigo íntimo, su único amigo.

Un día que se encontraba solo con ella la miró con

su candidez ordinaria y la preguntó si le quería por marido.

Viera se sonrió y le dió la mano.

Después de las bodas, la vida de los nuevos casados transcurrió apacible como antes.

Diez años hace de esto, y hoy tienen dos niñas y un niño.

El viejo Esteban vive en su compañía, sin poder resolverse á dejarlos ni á separarse de sus nietos. El aspecto de los pequeñuelos le ha rejuvenecido. Habla y juega sin cesar con ellos, sobre todo con el chico, que se llama Esteban, y que sabiendo el ascendiente que ejerce sobre su abuelo, se pasea con mucha seriedad por el cuarto repitiendo: ¡Brau! ¡Brau! y el abuelo se rie, y todos se rien con él á tales travesuras.

El pobre Boris no está olvidado en ese círculo; Pedro habla de él en cuantas ocasiones se presentan diciendo: «Esto hacia Boris; esto le gustaba á Boris,» y Pedro y su mujer, y toda su familia llevan una vida uniforme, silenciosa, apacible. Esta paz es la felicidad... No hay otra en este mundo.

FIN DE UNA AMISTAD Á TODA PRUEBA.

SANTIAGO.

I.

Era en San Petersburgo, en invierno, el primer día del carnaval. Comía yo convidado en casa de uno de mis antiguos discípulos que en su primera juventud parecía una jóven modesta, y que después arrojó la timidez al diablo. En el día está en el sepulcro como la mayor parte de mis compañeros de colegio. También debían sentarse á la mesa Constantino Alejandrovitch Assanof y un escritor que tenía entonces cierta notoriedad. El escritor se hizo esperar, y al cabo mandó un billete diciendo que no podía venir. En su lugar se puso un caballero de pelo rubio, uno de esos convidados eternos tan abundantes en San Petersburgo, á quienes no se invita jamás y que en todas partes se encuentran.

La comida fué larga. Nuestro amigo mandaba sacar vinos soberbios; poco á poco nuestras cabezas se calentaron, y poco á poco cada uno de nosotros comenzó á reír y á declarar abiertamente cuanto guardaba en secreto en su pensamiento. ¿Qué hombre no tiene algún misterio en lo más recóndito de su corazón?

La fisonomía de mi discípulo había perdido su expresión ordinaria de cordada y de reserva. Sus ojos chispeaban y se reía estrepitosamente. El rubio se reía también diciendo sendas tonterías.

Pero el que más nos sorprendió fué Assanof. Era este un hombre fino y atento en demasía, y de súbito le ví que se pasaba una mano por la frente, y tomando un aire altanero comenzó á vanagloriarse de sus relaciones hablando á cada minuto de un personaje importante que era su tío. No podía yo reconocer en él al jóven que había visto tan diferente en otras ocasiones. Sin duda alguna se burlaba de nosotros y desdeñaba nuestra compañía. Sus fanfarronadas me ofendieron.

— Si tan poco valor tenemos á vuestros ojos, le dije, ¿porqué no permanecéis con vuestro tío? ¿Es porque quizá no quiere teneros á su lado?

Assanof nada respondió, continuó pasándose la mano por la frente, y al fin exclamó con insolencia:

— Vaya unas personas que no frecuentan un salón distinguido, que no conocen una señora de la alta sociedad! Yo, añadió sacando del bolsillo una cartera y pegando en ella con su mano, yo tengo aquí una colección de cartas de una jóven como no hay otra en el mundo.

Nadie hizo caso de estas palabras de Assanof, pero á mí me chocaron en extremo.

— Se me figura que todo lo que decís es una broma, exclamé; no hay semejantes cartas.

— ¿Qué son pues estos papeles? repuso mirándome con altanería.

Y al propio tiempo abrió su cartera y sacó unos diez billetes que le estaban dirigidos.

— Conozco esa letra... dije para mí.

La vergüenza me hace salir los colores á la cara... mi amor propio está herido cruelmente... Es muy triste tener que confesar una mala acción... pero, ¿qué remedio? Al principiar este relato sabía que había de confundirme de vergüenza... Armándome pues de valor confieso que...

El hecho es el siguiente:

Me aproveché del estado de embriaguez de Assanof para recorrer una de las cartas que había dejado sobre el mantel empapado en vino de Champaña. Tampoco mi cabeza estaba muy segura... y el corazón me latía fuertemente.

¡Ay! Estaba yo enamorado de la mujer que escribía á Assanof, y hasta entonces ninguna sospecha había tenido de que pudiera quererle. Su carta escrita en francés abundaba en expresiones de ternura. Principiaba de este modo: «Mi querido Constantino,» y concluía con un consejo y una promesa: «Sed prudente como hasta aquí, que si no me caso con vos no me casaré con ningún otro.»

Permanecí inmóvil un instante como herido de un rayo; y luego me arranqué de ese estado de estupor y salí precipitadamente.

Un cuarto de hora después estaba encerrado en mi aposento.

La familia Zlotnitzki era una de las primeras que había yo conocido cuando de San Petersburgo había pasado á residir en Moscou. Componíase del padre, la madre, dos hijas y un hijo. El padre con su pelo canoso era un hombre bien conservado todavía, que después de haber servido en el ejército ocupaba un empleo bastante importante. Muy temprano por la mañana iba á la oficina; después de comer dormía la siesta, y por la noche iba al club á jugar á los naipes.

Rara vez se le veía en su casa. No le gustaba mucho la conversación, y su mirada era indiferente cuando no era sombría. Los únicos libros que leía eran de geografía y de viajes. Cuando estaba indispuerto se divertía en iluminar dibujos, se encerraba en su despacho ó hacia chilar á un viejo loco llamado Popka.

Su mujer, de una naturaleza física, con grandes ojos negros y nariz aguileña, pasaba todas las horas haciendo tapicería. Me pareció que tenía á su marido, y que delante de él estaba como una culpable.

La niña mayor, Matilde, una rubia muy gruesa, de diez y ocho años de edad, estaba siempre sentada á la ventana viendo pasar la gente.

El hijo que hacía sus estudios en un establecimiento del Estado, solo los días de fiesta se mostraba en casa de sus padres y hablaba muy poco.

La niña menor, Sofía, de quien estaba yo enamorado, tenía un carácter muy taciturno.

El silencio reinaba en aquella morada, un silencio interrumpido únicamente por el loco, y que invadía á todos los que la frecuentaban. Por lo demás acudía á ella poca gente. El color oscuro de los muebles del salón, las colgaduras encarnadas con grandes ramajes amarillos, las sillas de paja, los almohadones de tapicería gastada, que representaban imágenes de jóvenes y figuras de perros, las lámparas de forma antigua y los viejos retratos colgados de las paredes, todo tenía un aire sombrío, opaco, glacial.

Al llegar de San Petersburgo me puse en el deber de presentarme en casa de los Zlotnitzki que tenían parentesco con mi madre. Permanecí una semana en su compañía y después pasé mucho tiempo sin verlos. Pero al cabo volví, y luego poco á poco mis visitas se hicieron más frecuentes. Y esto era por Sofía, que no me había gustado en un principio, y que acabó por agradarme de tal modo que estaba prendado de ella.

Sofía tenía una estatura regular, era delgada, con un rostro pálido, una cabellera negra muy abundante, y ojos grandes y oscuros cuyos párpados estaban medio cerrados casi siempre. Sus facciones finas, y sobre todo sus labios delgados, indicaban mucha entereza y fuerza de voluntad.

Sus padres la consideraban como una mujer de carácter resuelto.

— Se parece á Catalina, su hermana mayor, me dijo su madre un día que me encontré solo con ella, pues delante de su marido no se atrevía á pronunciar el nombre de Catalina. No la habéis conocido, añadió, porque está con su marido en el Cáucaso. Figuraos que á la edad de trece años se enamoró del hombre con quien se ha casado, y me declaró entonces que no tendría otro esposo. Todos nuestros esfuerzos para quitarla esta idea de la cabeza fueron inútiles. Esperó hasta la edad de veinte y tres años, y á pesar de la cólera de su padre se casó como había dicho. Dios quiera que Sofía no sea tan obstinada, pero á veces lo temo. No tiene más que diez y seis años, y ya no es posible dominarla...

En este momento entró Zlotnitzki, y su mujer se calló.

No por su energía de voluntad me agradó á mí la jóven; pero debo decir que había en ella; en medio de su sequedad, en medio de su falta de viveza y de imaginación, un hechizo particular, el hechizo de la franqueza y de un alma recta y pura. Yo la respetaba y la amaba con ardor. Habíame parecido que tenía alguna inclinación hacia mí, y la idea de que no debía contar con su cariño porque amaba á otro, me oprimía dolorosamente el corazón.

El descubrimiento que había hecho me sorprendía tanto más cuanto que Constantino Assanof frecuentaba muy poco la casa de los Zlotnitzki, y apenas parecía ocuparse de Sofía. Este Constantino era un moreno con facciones bastante acentuadas, pero expresivas, una frente ancha y blanca y labios muy encarnados sombreados con un pequeño bigote.

Tenía una actitud reservada pero severa; hablaba con confianza ó guardaba silencio con dignidad. Evidentemente poseía una opinión elevada de sí mismo. Rara vez se reía y nunca bailaba. Por lo general era indolente en sus movimientos, y no obstante pasaba por un buen oficial.

— ¿Qué cosa tan extraña! me decía yo sentado en un sofá y pensando en lo que acababa de descubrir... ¡y no haberlo sospechado!... «Sed prudente como hasta aquí...» Estas palabras se habían grabado en mi memoria... ¡Ah! exclamé; ¡cuánta doblez hay en esa jóven! ¡y yo que la creía tan franca y tan sincera!...

Y eché á llorar y no pude cerrar los ojos en toda la noche.

Al otro día á las dos volví á casa de Sofía. Su padre había salido y su madre no estaba sentada en su sitio acostumbrado. Después de haber comido los buñuelos

del carnaval le había entrado dolor de cabeza y se había retirado á su cuarto.

Matilde estaba como siempre á la ventana mirando á los que pasaban por la calle. Sofía, con los brazos cruzados, se paseaba por el aposento. El loco chillaba.

— Buenos días, me dijo Matilde con indolencia al verme entrar, y luego añadió como hablando para sí: — Pasa un hombre con una bandeja en la cabeza.

Tenía costumbre de señalar en voz baja lo que veía por la calle.

— Buenos días, la respondí; y luego saludando á Sofía la pregunté dónde estaba su madre.

— Se ha ido á su cuarto á descansar, me contestó.

— Hoy hemos comido los buñuelos, añadió Matilde sin volverse hacia mí; ¿porqué no habéis venido? ¿Adónde irá ese oficinista?

El loco seguía lanzando sus gritos penetrantes.

— Muy chillon está hoy el loco, dije á Sofía.

— Siempre está lo mismo.

Permanecimos un instante en silencio enfrente uno de otro.

— Se ha parado á la puerta, murmuró Matilde abriendo de repente el *was ist das* de la ventana.

— ¿De quién hablas? preguntó Sofía.

— De un pobre que acabo de distinguir.

Y al decir estas palabras arrojó á la calle una moneda manchada con el resto de un fósforo perfumado, volvió á cerrar el *was ist das* y saltó con pesadez sobre el entarimado del aposento.

— Ayer he pasado una noche agradable, dije á Sofía sentándome en un sillón; he comido en casa de un amigo con Constantino Assanof.

Al pronunciar esta palabra clavé los ojos en la jóven; su rostro se mantuvo impasible.

— Es verdad, añadió, que bebimos mucho... ocho botellas y solo éramos cuatro.

— ¿De veras? dijo Sofía encogiéndose de hombros.

— Sí, la respondí un poco irritado con su indiferencia, y debo reconocer, Sofía, la exactitud del proverbio que dice: la verdad está en el vino.

— ¿Cómo pues?

— Assanof nos divirtió mucho. Imaginaos que de repente comenzó á decirnos con aire de importancia: «Hay pocos hombres como yo, tengo un tío que es un alto personaje.»

Matilde se echó á reír con risa interrumpida, y el loco la respondió con sus gritos agudos.

Sofía se detuvo, se paró enfrente de mí, y clavándome los ojos me preguntó:

— ¿Y vos, qué dijisteis? ¿Os acordais?

Me puse encarnado involuntariamente.

— No, la respondí, no me acuerdo, lo que sé es que estaba un poco alegre. El vino es peligroso, añadió al cabo de una pausa. Uno de sus efectos es soltar la lengua y hablando se suelen divulgar cosas que nadie debería conocer. Pero en otra ocasión hablaremos de esto; hoy es ya tarde.

— ¿Habéis divulgado algún secreto?

— No hablo de mí.

Sofía se volvió y prosiguió sus paseos por el cuarto. Yo la seguía con los ojos diciéndome: «Ahí está... es una muchacha, una niña, y se domina como quiere... veámos pues.»

— ¿Sofía?

— ¿Qué queréis?

— ¿No vais á tocar alguna cosa en el piano?

Y acercándome á ella añadí en voz baja: — Tengo que hablaros en secreto.

Sin responderme una palabra pasó al salón, abrió el piano y me dijo:

— ¿Qué queréis que toque?

— Lo que gustéis; algo de Chopin.

Se sentó y comenzó á tocar. No tenía gran ejecución, pero sabía tocar con sentimiento. Su hermana solo sabía algunas polkas que ejecutaba rara vez; era para ella una obra de romanos el acercarse con paso indolente al instrumento musical, el sentarse en el taburete, el quitarse un albornoz que siempre tenía encima; y cuando al cabo se decidía á todo esto, comenzaba una polka, se interrumpía, emprendía con otra, hasta que al fin suspiraba, se levantaba y se volvía á su puesto de observación. No había otra como ella en el mundo.

Yo estaba sentado junto á Sofía.

— Oídme, la dije mirándola atentamente; quiero daros parte de un descubrimiento bien doloroso para mí.

— ¿Cuál es?

— El siguiente... hasta ahora estaba en un error con respecto á vos...

— ¿Qué idea! contestó sin dejar de tocar y con la vista fija en sus dedos.

— Os había creído franca; pensaba que no podiais emplear la astucia ni disimular vuestros sentimientos... ni engañar á nadie.

(Se continuará.)

Curiosidades inglesas.

(Véanse los números 272 y 275.)

III.

LA JUSTICIA.

¡La justicia! Hé aquí seguramente la más original de todas las curiosidades británicas cuyo estudio nos hemos propuesto; pero es también la menos divertida. Al primer pronto cuando solo se consideran sus formas gro-

tescas, sus usos absurdos, su lenguaje bárbaro, los trajes extravagantes de los que se hallan encargados de suministrarla, excita un poco la risa; sin embargo, esta impresion dura poco, un instinto vago nos advierte que debe ser tan odiosa como ridícula, y por último cuando se estudia á fondo inspira sentimientos de tristeza y de horror. Bentham lo ha dicho: «Es casi imposible concebir algo de mas inicuo que la administracion de justicia en Inglaterra.»

Ante todo debemos apuntar que cuesta muy cara; parece instituida y organizada en favor, ó quizá en perjuicio de las clases ricas, y es inaccesible á las clases pobres. El que no tenga dinero, mucho dinero que ofrecerla, ya puede guardarse de pedirla la consagracion de los derechos mas legítimos, ó la reparacion de daños confesados por sus mismos autores; pues apenas le permitirá su contemplacion sobre el umbral de ese templo en que sus ministros imponen sacrificios tan costosos á sus adoradores forzados.

Por la época en que lord Brougham clamaba contra la imposibilidad en que están los pobres de pedir justicia á la cancellería, el comité de la educacion interrogaba (el hecho consta en un documento oficial) á tres mayordomos de fábrica que habian tenido la imprudencia de querer reformar los abusos de la parroquia de Yeovil. De 2,000 libras esterlinas legadas á esa parroquia por personas caritativas, solo habia cobrado unas 40.

— ¿Porqué, les preguntaban, no os habeis dirigido á un tribunal?

— Hacc ocho años, respondieron, que tenemos pendiente una instancia en el tribunal de cancellería, y el negocio no adelanta un paso.

En cambio las costas corrian que era un contento. Los dos primeros testigos habian pagado ya, el uno 1,300 libras esterlinas y el otro 500; se hallaban completamente arruinados. El tercero, sin precisar la cifra de sus desembolsos, hizo la siguiente declaracion:

— Me encuentro en tal estado por las pérdidas que el proceso me ocasiona, que ya no sé qué hacer; es el asunto mas ruinoso que ha podido verse. Mi salud se

halla quebrantada, tengo familia, y si el comité no me autoriza para dejar hoy mismo esta ciudad, ignoro lo que será de nosotros.

jamás disipará completamente, sería emprender una tarea tan enfadosa como difícil. Y después ese trabajo, aunque en resumen, no es propio de un periódico; que



Un abogado inglés.

Así un attorney (especie de procurador) que casaba á su hijo, le dió en dote 500 libras esterlinas, algunos procesos ordinarios, y un pleito en cancellería. Dos años después el hijo acudió á su padre pidiéndole que le procurase otros negocios.

— ¿Qué has hecho de los que te dejé? le preguntó el padre con acento iracundo.

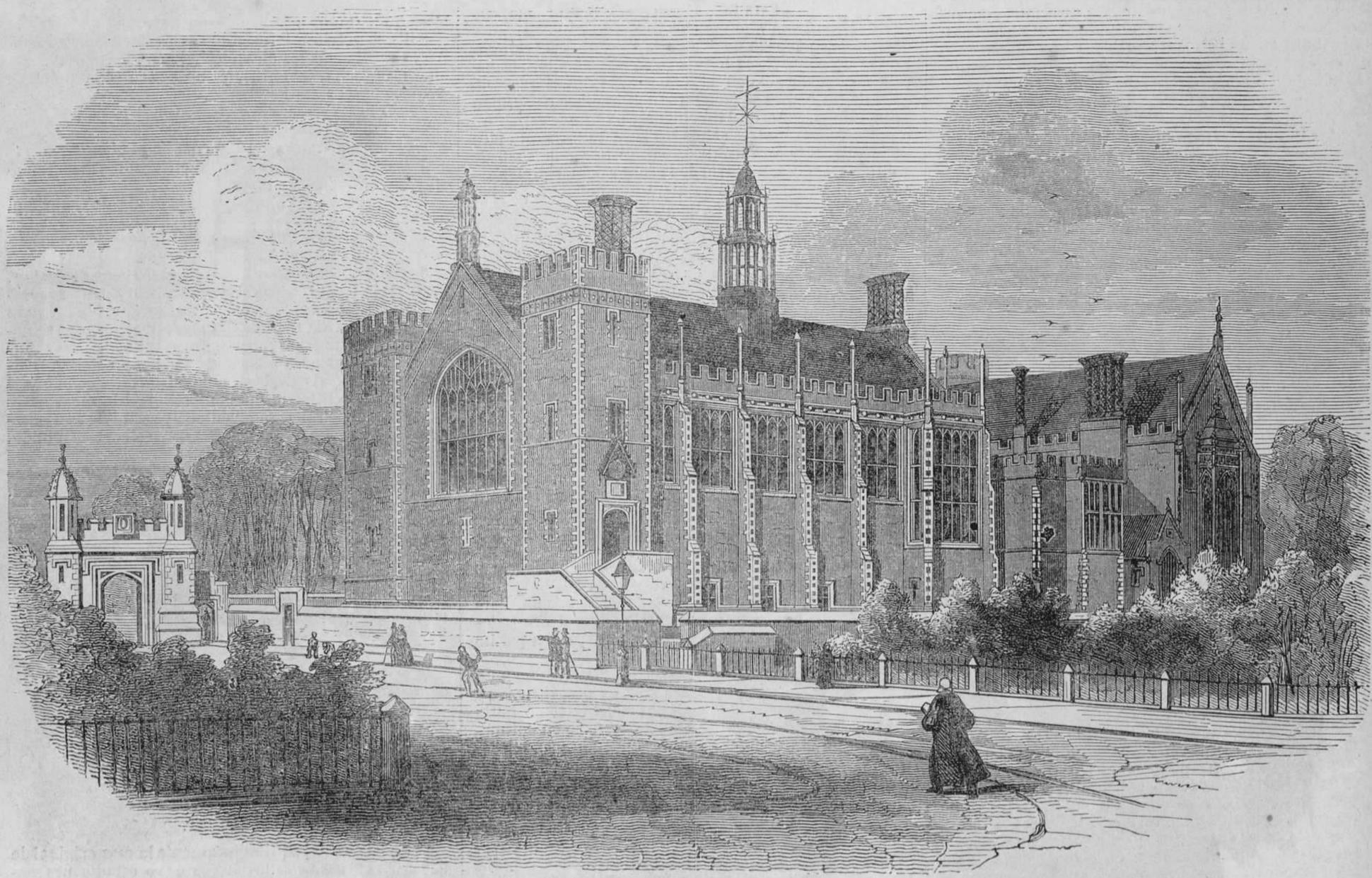
— Están zanjados á gusto de los interesados, repuso el jóven, y ya he recibido muestras de su gratitud.

— ¡Insensato! exclamó el viejo attorney, mas furioso que antes; ese pleito estaba en mi familia desde hace veinte y cinco años, y habria permanecido otros tantos si no te le hubiera confiado á tí. No cuentes conmigo para nada. ¡Terminar los negocios de los interesados! ¡qué locura!

Otra vez un *solicitor* (otra especie de procurador) que sir Jekyll no conocia, se llegó á este abogado en Wettminster-Hall, y entregándole sus honorarios le suplicó que fuera á la cancellería á hacer lo que llaman una *motion of course*. Sir Jekyll, que debutaba entonces en el foro, le miró con sorpresa.

— He pensado, le dijo el *solicitor*, que teniais derechos al encargo de esta mocion, porque el pleito de que se trata fué empezado por sir Jorge Jekyll, vuestro abuelo, en tiempo de la reina Ana.

Estas anécdotas, que podrian aplicarse con igual razon que á la cancellería á los demás tribunales, demostrarian suficientemente la lentitud, la carestía, la parcialidad, la iniquidad — para emplear la palabra de Bentham — de la justicia en Inglaterra; pero seria preciso escribir volúmenes para dar una idea aproximada de los innumerables misterios de su organizacion. Querir sondear ese océano, cuyo fondo los buzos mas atrevidos no han tocado aun; aventurarse en ese inmenso laberinto donde á cada paso se extravían aun los mismos que le han inventado y perfeccionado; tratar de iluminar esas tinieblas que la luz mas brillante



Lincoln's Inn Hall

otros se encarguen de él, si gustan; por mi parte me limitaré, al menos por hoy, á algunas de las curiosidades mas características que ofrece actualmente en Inglaterra esa ex-divinidad griega que llamamos la Justicia.

No obstante procederemos con una especie de método; hablaremos primero de la ley, luego de sus diversos ministros, y en fin de sus formas y de su aplicacion.

La ley inglesa, ha dicho la *Revista* de Edimburgo (abril de 1847), se complace en confundir al lector que no la ha estudiado especialmente, tanto por su lenguaje como por su contenido. Presenta dos divisiones, á saber: escrita y no escrita. Las leyes no escritas comprenden todos los usos legales, todas las decisiones judiciales, todos los tratados que forman autoridad en la materia. Las leyes escritas comprenden todo lo restante.

« En este sentido, las leyes escritas del reino, añade el escritor de la *Revista*, representan todas las leyes que emanan directamente de la legislatura suprema. Son los estatutos, actas ó edictos dados por el soberano, previo el parecer y el consentimiento de los lores espirituales y temporales, y de los pueblos reunidos en parlamento. El mas antiguo de los documentos que han llegado á nosotros, y que figuran en nuestros libros de estatutos, es la famosa *Magna Charta*, confirmada en el parlamento en el tercer año del reinado de Enrique III. »

La coleccion completa de estas leyes se compone hoy de 36 volúmenes grandes en 4º, de 850 páginas cada uno, no comprendiendo, por supuesto, una cantidad innumerable de actas del parlamento, locales y privadas, que sin embargo en ciertos casos interesan al público.

Ni con toda la paciencia imaginable se podria conseguir nunca el confeccionar un conjunto regular de tantas disposiciones legislativas. En vano hace mas de tres siglos todos los hombres sensatos reclaman ese trabajo inútil; en vano se pide la abrogacion, la reduccion, la clasificacion, la revision y la modificacion de esas mil leyes, inútiles en su mayor parte, que se repiten, se contradicen ó se anulan; las diversas tenta-



El canceller de Inglaterra.

tivas hechas hasta hoy no han producido resultado ninguno. Se conoce el mal y la necesidad de aplicarle pronto remedio; pero ¿dónde hallar ese remedio? Y si se en-

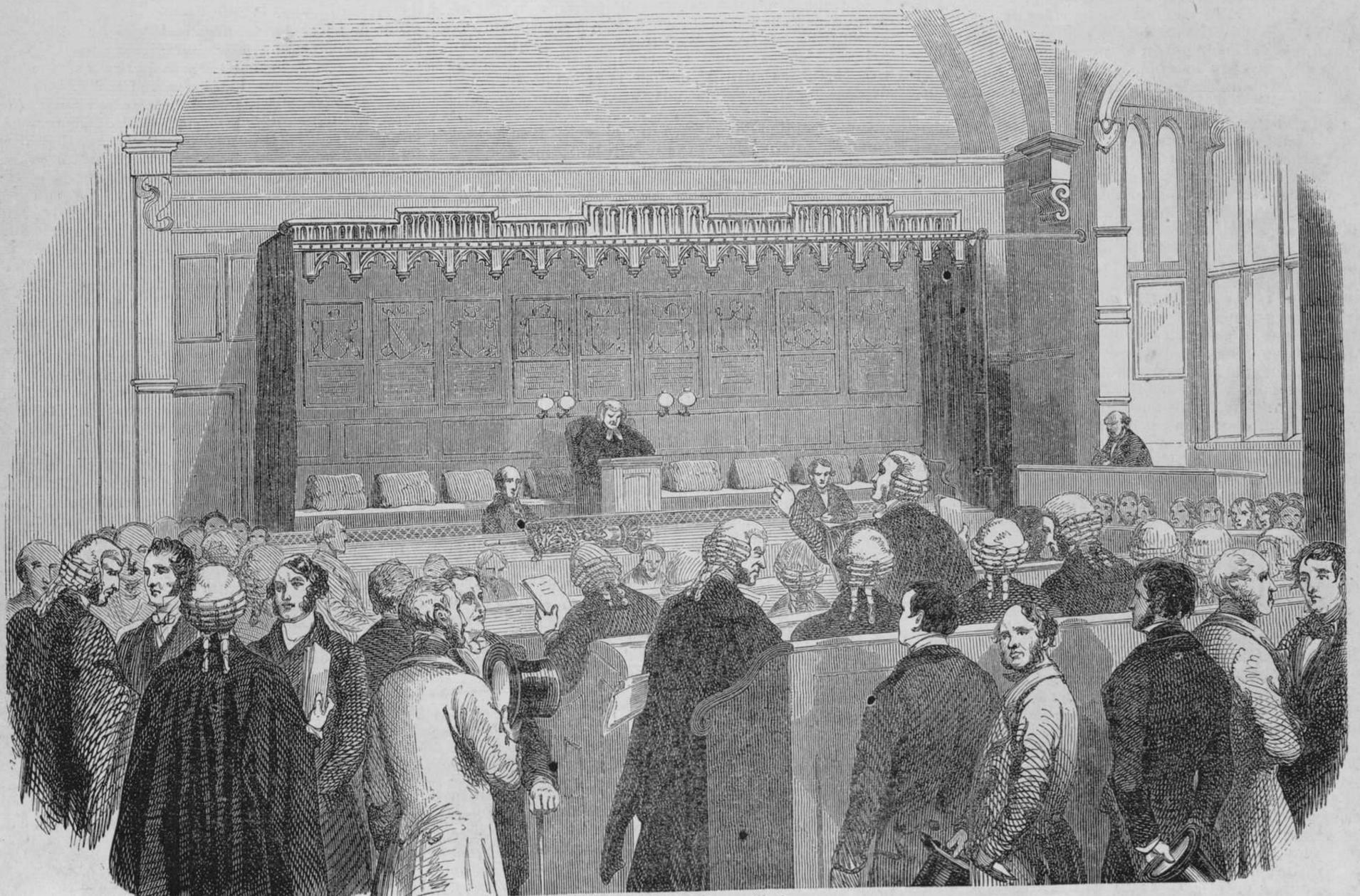
bremenara la confusion. Cada sesion repara las omisiones ó corrige los errores de la sesion precedente. Un año votaron una ley condenando á una multa al cochero

cuentra, ¿quién se encargará de aplicarle? A decir verdad, los medios curativos son conocidos, digan lo que quieran los que se enriquecen á costa del paciente ó de la mayoria de la nacion; pero la operacion será tan difícil, que nadie se siente con valor para emprenderla. La Gran Bretaña esperará quizá mucho tiempo aun su Justiniano ó su Napoleon.

Para darse cuenta de la prolongacion de semejante estado de cosas, no hay mas que abrir cuatro ó cinco de los treinta y seis volúmenes, y recorrerlos con la vista. Aquí hay un estatuto en latin, allá hay otro en francés, y no existe de ellos ninguna traduccion certificada conforme con el original. Estos son de un laconismo incomprensible, aquellos de una extension que su lectura no se acaba jamás. ¿Debo añadir que todos, grandes y pequeños, están escritos en una lengua bárbara? Existen muchos que se aplican á casos que ya no pueden presentarse; otros señalan penas increíbles á ciertos actos que antiguamente se consideraban como delitos, y que en el dia no lo son; y no obstante, por absurdos que sean, por contrarios que puedan ser á los hábitos y á las necesidades de los tiempos modernos, no por eso dejan de existir, decia últimamente un crítico inglés, tan frescos y vigorosos como el dia de su promulgacion.

Además, es sumamente difícil hallar un estatuto para consultarle. Si, por ejemplo, se quieren saber cuáles son las formalidades que hay que llenar para transmitir una peticion al parlamento, preciso es descubrir su exposicion en « un acto en que se proponia un derecho adicional sobre el té y el café. »

Sir Roberto Peel insistió mucho en la cámara de los comunes sobre la urgente necesidad de revisar y codificar todos los estatutos, y citaba en apoyo de su opinion un acto cuyo título y disposiciones se aplicaban á siete u ocho materias completamente distintas. Los que se pueden llamar explicativos ó supletorios aumentan sobremanera la confusion. Cada sesion repara las omisiones ó corrige los errores de la sesion precedente. Un año votaron una ley condenando á una multa al cochero



Interior del tribunal de cancelleria.

que no llevara un cordon en su carruaje de alquiler; y en el año siguiente votaron otra ley para obligarle á que llevara en la mano ese cordon.

Sheridan decia, á propósito de los *amendings bills*. «Viene primero un bill que establece un impuesto, luego otro que enmienda el del impuesto, luego otro que explica el de la enmienda, luego otro que remedia las faltas del que explica, y así *ad infinitum*.»

Cualesquiera que sean los defectos de esos treinta y seis volúmenes en 4º de 850 páginas cada uno, la ley escrita es una maravilla comparada con la ley no escrita, que comprende, como he dicho ya, todas las costumbres legales, todas las decisiones judiciales, todos los tratados que forman autoridad. Dejemos á un lado ahora la subdivision en dos partes, en ley comun y en equidad, para decir solamente que una biblioteca de derecho completa costaria sobre 15,000 francos, y que entre los millares de volúmenes de que se compondría se encontrarían 600 de *reports* ó extractos de las decisiones judiciales, de 700 á 800 páginas de impresion cada uno, y con la solucion de mas de 250,000 cuestiones de derecho.

Tales son la legislación y la jurisprudencia que se trata de estudiar, sin hablar de los procedimientos adecuados á tan bello conjunto, cuando se tiene el designio de abrazar lo que en términos generales se llama la carrera de la ley. Por eso no es de extrañar que un crecido número de jóvenes que emprenden ese estudio renuncien á él muy pronto hastiados y espantados.

No obstante, tambien hay muchos que persisten. Pero si muchos son los llamados, son muy pocos los escogidos. Efectivamente todos los ramos de la carrera de la ley son muy lucrativos. Los *attorneys* y los *solicitors*, hasta cuando se hallan dotados de cierta delicadeza y probidad, realizan en poco tiempo fortunas considerables. Hacerse una reputacion regular en el foro equivale á ganar anualmente seis ú ocho mil pesos. Un gran triunfo produce cada año de treinta á sesenta mil pesos. Sir Samuel Romilly ganaba en los últimos tiempos de su vida mas de setenta mil pesos anuales. ¿Quién ignora que sir Carlos Wetherell recibió treinta y cinco mil pesos de honorarios por combatir en la barra de la cámara de los lores el bill de las corporaciones municipales? En fin, en 1844, 1845 y 1846, M. Carlos Austin ganó por término medio 40,000 libras esterlinas anuales.

A mayor abundamiento el foro da tambien la gloria. El abogado, á medida que se enriquece cobra fama; tarde ó temprano su reputacion creciente le vale un lugar en el parlamento, ó lo que es mas beneficio aun, uno de esos puestos envidiados de la magistratura cuyos sueldos varian de quince mil á cincuenta mil pesos, y que tan á menudo han valido un título y un ministerio á sus felices dignatarios. La aristocracia inglesa es accesible á todos aquellos que tienen bastante talento ó bastante dinero para ser juzgados dignos de entrar en ella. El autor de la *Grandeza de la ley* ha publicado una lista exacta de los setenta títulos de nobleza que han recaído en abogados, y entre ellos figuran los ducados de Norfolk y de Devonshire. El padre de lord Sonors era un *attorney*, y el de lord Hardwicke ejercia la misma profesion. Lord King y lord Gifford eran dos hijos de tenderos de comestibles. ¿A qué multiplicar tales ejemplos si añadimos que el padre de lord Tenderden era barbero, y el de lord Eldon un comerciante en toda clase de mercancías?

Sin embargo, no todo el que quiere se recibe de abogado; para poder aspirar á tan buenas fortunas es preciso disponer de unos 600 pesos, que se van en gastos inútiles, sin contar los gastos accesorios. Sobre todo no se vaya á creer que obligan á estudiar el derecho á los jóvenes que quieren aprenderle, y que les hagan pagar tan cara esa instruccion forzosa; todo lo que de ellos exigen antes de que sean llamados ó admitidos en la barra, es que hayan comido algunas veces en ciertos establecimientos conocidos con la denominacion fantásticamente bárbara de *Inns of court*, es decir, posadas de córte. La cosa merece ser explicada, pues solo en Inglaterra se puede descubrir esta curiosidad: facultades de derecho que tienen un cocinero por profesor.

Antiguamente la ley comun, la ley civil y la ley canónica que hoy viven en perfecto acuerdo andaban siempre muy mal avenidas. Sus contiendas se hicieron tan violentas, que acabaron por reñir y por declararse abiertamente la guerra. En otros términos los curas y los frailes solo respetaban las leyes procedentes de la Roma pagana ó cristiana, y los barones y demás dignatarios feudales permanecian fieles á las antiguas costumbres, leyes y decisiones que les habian legado sus antepasados.

Bajo el reinado de Ricardo II, los nobles reunidos en parlamento declararon, «que el reino de Inglaterra no habia sido hasta entonces ni lo seria nunca, con el consentimiento del rey y de los lores, gobernado ó regido por la ley civil.»

Por otra parte, tal era el horror creciente de los sacerdotes hácia la ley comun, que bajo el reinado de Enrique III, los obispos prohibieron á todos los eclesiásticos que se presentaran en calidad de abogados *in foro seculari*, y prefirieron renunciar á las funciones de juez en los tribunales temporales antes que prestar el juramento impuesto á todos los magistrados «de fallar en todas las cosas con arreglo á la ley y á las costumbres del reino.» No obstante, ocuparon el puesto de canciller hasta el reinado de Enrique VIII. En suma, un día el clero que reinaba soberanamente en las universidades de Oxford y de Cambridge, arrojó de ellas á los profesores de ley comun que se refugiaron en Londres, donde acababa de fijarse definitivamente el tribunal de los asuntos comunes, antes ambulante, y donde la nobleza les

suministró los medios para fundar posadas de córte, *inns of court, hospitia curiae*, esto es, posadas para los seglares que quisieran estudiar el derecho. Dieron ese nombre á los establecimientos en cuestion, porque, como dice Dugdale, «allí los jóvenes estudiaban no solo las leyes sino todas las demás artes que podrían ser útiles en la córte del rey, como el baile, el canto, la música, etc.»

Los *inns of court* fundados en aquella época existen todavía, y son: *Lincoln's Inn, Inner Temple, Middle Temple* y *Gray's Inn*. Cada uno de estos establecimientos es independiente de los demás, aunque sin embargo reconocen ciertas reglas comunes que seria inútil mencionar aquí. Mas ya los estudiantes no aprenden en ellos, además de las leyes, las artes útiles en la córte del rey; únicamente están precisados á comer allí durante tres ó cinco años con la toga, los días que marca el reglamento, es decir, tres días para cada término, lo que hace doce veces al año, pues son cuatro los términos. Además pueden comer los días que gusten pagando dos chelines por cada comida.

Gracias á este régimen un cualquiera es proclamado apto para ejercer la profesion de *barrister* ó de abogado, con tal de que haya pagado todas las deudas contraídas en el *Inns of court* de que es miembro; con tal de que tenga veinte y cinco años, que no sea sacerdote, ni procurador, ni comerciante, que preste los juramentos de *allegiance* y de *supremacy*, y en fin, que se comprometa á pagar cierta cantidad durante tres años consecutivos.

Pero por mas que se disfraza con esa vestidura negra y esa horrible peluca que tiene derecho para usar, porque le ha comprado, por mas que se pase desde por la mañana hasta por la noche con su *bag* al brazo en el salon de Westminster, si no tiene instruccion ni talento, á menos que no sea pariente de un *attorney*, ó que no tenga como sir Jekyll un abuelo abogado, nadie reclamará sus servicios. Hay muchas diferencias que establecer entre los *barristers*, y de esto trataremos en el próximo artículo.

Filosofía.

LEY DE RELACION INTERNA DE LAS CIENCIAS FILOSÓFICAS.

(Continuacion.)

Esta es la lógica aristotélica, señora aun en nuestras aulas. No es del momento señalar el vacío que encierran esas abstracciones lógicas: basta indicar, que creando un mundo de entidades ideales, han sido causa de que las nociones no se formen como deben formarse, con el auxilio de las ideas fundamentales, que lleva en sí el espíritu y son propias para determinar su naturaleza íntima.

Con muy distinto carácter se presenta la razon; porque cuando el pensamiento llega á este grado, no se contenta con nociones abstractas, sino que busca en todas las esferas el primer principio, el lazo que une todas las cosas entre sí, anhela el principio universal de cuanto existe, y esta indagacion es el objeto de la metafísica.

En la facultad de sentir se une el espíritu, se asimila como ser entero á la cosa; pero sin la distincion de espontaneidad, que existe en el pensamiento. Esta facultad, que es la de receptividad del espíritu, funda la ciencia del sentimiento, la estética, que estudia las sensaciones ó la sensibilidad del espíritu. La estética, estudiando el espíritu en su propiedad de sentimiento, es ciencia formal respecto á la psicología, que estudia el espíritu en su sustancialidad; pero la estética, como ciencia de una propiedad material, que es el sentir, á diferencia de las propiedades puramente formales, como son las propiedades de pura relacion (el derecho), la ciencia de las combinaciones y proporciones, la ciencia de las formas del tiempo, el espacio, la cantidad y demás propiedades puramente formales y de relacion, puede ser llamada ciencia material.

La voluntad es la facultad general de causalidad, que interviene en todas las funciones como poder determinado. La ciencia psicológica de la voluntad recibe en sí todas las propiedades generales del espíritu, y concibe y quiere racionalmente el bien y debe realizarlo en tiempo y caso como bien particular. Esta preciosa facultad funda las ciencias morales: la ética, cuando estudia su objeto, que es la realizacion libre de la esencia como bien: la moral propiamente dicha, cuando estudia el sugeto, que es el hombre: la ontología, al estudiar la relacion del objeto al sugeto, sujetando así la voluntad á la ley, al formular la ley de los deberes. En la idea de Dios conoce la moral, que es ciencia de la libre realizacion del bien, conforme á las leyes de la vida. El bien es la ciencia que debe realizarse con libertad en la vida: la libertad no es mas que la propia determinacion del ser razonable, segun la idea del bien. Como el bien es la esencia de Dios, la virtud es la imitacion de la santidad de Dios; y solo es posible la virtud cuando el hombre conoce á Dios, y conoce el bien como su esencia, es decir, cuando es religioso; porque el conocimiento de la relacion existente entre el hombre y Dios, y entre Dios y el hombre, constituye la religion.

Si en todos los periodos de la vida histórica del hombre ha sido vivísima la necesidad de enaltecer los principios morales, hoy que esta ciencia se ve combatida por partidarios de diferentes intereses, es urgente y muy necesario levantarla á su debido asiento. En la

moral conocemos las leyes de la vida, de la actividad constante y libre de los seres racionales, es decir, los principios que el espíritu humano, considerado como voluntad, debe seguir para realizar el bien de una manera pura y completa, y conseguir la virtud, que es la perfeccion del hombre. Si la voluntad del hombre, como de un ser puro y perfectible, puede extraviarse, faltó de un conocimiento suficiente y de un profundo sentimiento del bien y del mal: la moral suple esta falta y señala al espíritu la via de su desenvolvimiento, su ideal en la esfera de la voluntad, presentando de continuo á sus ojos la ley, que la ordena hacer el bien como bien, solo por ser bien, con completo desinterés y entera libertad, sin que al hacerlo ponga los ojos en otra mira que le estimule y arrastre.

Todas cuantas ciencias hemos considerado, descansan en la unidad del espíritu y sus propiedades; y si la teología racional parte de la nocion del ser, que estudia la ontología, la psicología reconoce en el Yo las propiedades finitas que hemos reconocido en Dios como propiedades infinitas, y la metafísica las extiende y estudia en las ideas generales, así como la psicología, propiamente tal, las descubre en el Yo, en los grados de aplicacion de su pensamiento, y la moral funda en las ideas religiosas de la teología sus verdades, y en los descubrimientos de la psicología sus leyes. Unas ciencias son condicion de las otras, estas suponen aquellas, y todas se enlazan entre sí y con el principio de todo conocimiento y toda realidad.

Si en el espíritu hemos visto que predominaba como carácter principal la espontaneidad, en la naturaleza, considerada ahora en su verdad objetiva, predomina, por el contrario, la totalidad sobre su espontaneidad, sin excluir esta totalmente, así como en el espíritu la espontaneidad no excluye enteramente la totalidad ni la solidaridad.

Cuanto existe en la naturaleza, se determina y forma á la vez, y como en un acto solidario, en las formas del tiempo, del espacio y de la fuerza. La naturaleza forma, al mismo tiempo y por la misma accion creadora, el sol y el grano de arena, el Océano y la gota de agua, y todo se muestra y está unido y ligado estrechamente, siendo á la vez fuerza activa y productora, concreta y consolidada con el producto. Como entidad y causa real de sus productos, vive y obra con ley propia y constante. Es evidente que rechazamos las doctrinas del atomismo; porque solo el dinamismo se nos presenta concordando con la experiencia y la razon, y nos permite considerar á la naturaleza como un sistema encadenado de productos armónicos elevada y vasta concepcion, que nos explica los fenómenos de la luz, del magnetismo y de la electricidad, como manifestaciones de un procedimiento comun, como hoy lo demuestra el electro-magnetismo.

Cambia esta concepcion la idea tenida de la naturaleza, y podemos ya considerar la vida, no como un atributo excepcional sino como la propiedad universal de la naturaleza, lo que destruye el absurdo paralogismo de hacer derivar la vida de una cosa que carecia de vida, como asimismo el extraño dualismo que se admitia separando la materia y la fuerza. La naturaleza es un ser dotado de vida, no es una masa informe de materia inerte, puesto que la materia no es mas, que la expresion del equilibrio permanente de las fuerzas de la naturaleza. La naturaleza existe y vive, y queda entera sobre todas sus fuerzas, funciones, procesos é individuos: y en esta unidad é integridad de su ser conserva, á diferencia del espíritu, sus propiedades permanentes y características: la continuidad y union omnilateral en su vida interior: la reciprocidad entre sus funciones, procesos y productos, la gradacion, la concrecion y la productividad (1).

Considérese, por lo tanto, la naturaleza, no en sus partes, sino estudiando el procedimiento que sigue, que en cada uno de sus grados funda las diferentes ciencias, que componen la ciencia de la naturaleza.

El primer proceso de la naturaleza tiende á la individualizacion, á representar en cada una de sus partes el carácter de la totalidad, á formar cuerpos aislados en el espacio, y determina individuos naturales dentro de la naturaleza, con vida ó fuerza interna, intensiva ó extensiva y en movimiento, accion y reaccion con otros individuos. Este proceso y sus funciones particulares funda la *física*, que estudia las propiedades de gravedad, que es la adhesion de las partes al centro respectivo, y el movimiento que funda la *dinámica* y demás ciencias subordinadas.

El segundo é inmediato proceso ascendente es el de oposicion interior física de los cuerpos é individuos naturales, é interior atraccion y repulsion entre los polos opuestos de los cuerpos. Este proceso funda la ciencia del magnetismo y la electricidad y el electro-magnetismo, que son propiedades generales y procedimientos generales de la naturaleza, que aparecen en todos los cuerpos que comprende, como coeficientes de la fuerza general, demostrándose así cuán equivocados andan los que los definen como fluidos particulares.

El tercer proceso universal de la naturaleza es aquel en que la naturaleza se refiere á sí activamente, y obra y penetra como todo en los individuos y cuerpos físicos, manifestándose en todo su interior. Este proceso, que es la luz y la iluminacion interior de la naturaleza, funda la ciencia de este genero, la *óptica*. La reaccion de los individuos naturales ó cuerpos físicos hácia el todo

(1) Excusado es decir que preferimos esta division y definicion relativa de los procesos de la naturaleza á la de atraccion, afinidad, vitalidad, sensibilidad, que leemos en varios naturalistas.

de la naturaleza en esta accion, es el calor, cuya ciencia va unida generalmente á la de la luz.

El cuarto proceso universal de la naturaleza es el de la union de las oposiciones interiores de los cuerpos físicos é individuos naturales, permaneciendo tales opuestos, cada uno segun sus propiedades, es decir, uniéndose sin confusion, y formando unidos un tercer compuesto, con las propiedades de ambos opuestos. Este proceso se llama químico y quimismo, y funda la ciencia natural *química* bajo la ley de la union de los opuestos, en el cual los productos del procedimiento físico y de los anteriores se componen y forman en composiciones binarias, última esfera del mundo inorgánico.

El quinto y supremo proceso de la naturaleza es aquel en el que se junta y penetra íntimamente, en la union individual realizada por el proceso químico, y determina el organismo individual, con las propiedades de accion propia, duracion, mocion, y hasta generacion de unos individuos por otros, es decir, con el carácter de la vida. La naturaleza en los organismos naturales realiza el proceso mas perfecto, y abraza y eleva en este á una potencia superior los procesos anteriores, produciendo al individuo natural, que es un microcosmo de la naturaleza universal. Este proceso funda la fisiología general ó organosofía, que considerando al ser en su individualidad, determina los caracteres fundamentales de la vida, estudiando la fuerza que mantiene el movimiento y la circulacion continua de la sangre, sin permitir jamás reposo á las acciones químicas que modifica por su influencia, buscando la causa de esta fuerza en la individualidad de un ser finito, que encerrando en sí en potencia innumerables estados en su esencia, los representa sucesivamente en el tiempo.

El mundo orgánico se divide en dos series, el reino vegetal y el animal, que no pueden considerarse como líneas sucesivas de progresion, sino como dos sistemas opuestos en direccion, por mas que en ambos sea la vida orgánica el punto de partida. Su diferencia fundamental existe en la relacion diferente en que se encuentran con la vida general de la naturaleza. La planta carece de espontaneidad, y vive adherida al suelo como el niño al seno de la madre, y es un organismo indeterminado en magnitud, forma y posicion. El animal reúne los caracteres contrarios: su organismo es regular y determinado, y constituye exteriormente una vida independiente del medio comun que lo rodea. La ciencia que estudia el organismo vegetal, es la *fitogenia*; y la que estudia el organismo animal en sus diferentes manifestaciones, es la zoología. Estas ciencias, partiendo de los caracteres asignados á la naturaleza, se enlazan, como grados que son de una misma vida, y buscan unas en otras demostracion y auxilio, así como la idea de la naturaleza reconoce su verdad fundamental y sus primeros axiomas en el seno de la metafísica.

La union del espíritu y de la naturaleza constituye un verdadero y sustantivo ser de armonía, que es la humanidad, que reuniendo en sí la espontaneidad del espíritu y la concreta solidariedad de la naturaleza, el pensamiento y el sentido, es en lo finito la mas perfecta semejanza de Dios. El hombre, la expresion mas íntima y mas completa de este ser de armonía, representa en su relacion con el mundo de la naturaleza, la individualidad armónica, en la que se manifiesta la vida entera de la naturaleza en el centro mismo de su accion, cuya representacion le distingue (cualitativamente) de la planta y del animal, y le constituye en nuevo género.

No data de muy antiguo esta concepcion del hombre como síntesis viva del mundo, porque era preciso considerar la naturaleza y el espíritu como seres esencialmente diferentes. Como espíritu, se comprenden en el hombre caracteres análogos á su carácter de ser armónico; y por lo tanto, nada existe para lo cual no tenga órgano ó facultad para percibirlo, ni nada existe que esté fuera del alcance de su corazon, de su inteligencia ó de su voluntad. Se distingue el hombre del animal por un orden superior de concepciones. Los que niegan la concepcion de las ideas eternas por el espíritu del hombre, matan el espíritu humano, sustituyéndolo por un mayor desenvolvimiento del espíritu animal. Centro y condicion de la ciencia, las verdades que hemos considerado en la ciencia del espíritu se albergan en sus facultades, y las leyes que la ciencia moral nos ha demostrado, leyes son para el hombre.

Va en posesion de nosotros mismos, conocemos que solo el hombre alcanza la verdad, porque él solo concibe una exacta correspondencia entre sus nociones y la realidad sensible, y solo el hombre concibe la verdad como una idea, como una ley, y así como en el mundo físico fija la atraccion como ley general, fija en el mundo del espíritu la ley del deber hacia la cual gravitan con gravitacion universal todos los espíritus. Y como la percepcion pura del espíritu por sí mismo, en su unidad é identidad, es independiente del tiempo, y aun en la sucesion de nuestra vida la reconocemos inmutable desde nuestra primera á nuestra última hora, sabe el hombre que es inmortal y que solo pierde en las vicisitudes de la vida sensible la prestada vestidura que le envuelve, en tanto que él existirá eternamente bajo la diamantina cota de su identidad personal. La union de la naturaleza con el espíritu, que en nosotros se representa, no es pasajera, sino eterna, bajo la eterna ley de la union de las oposiciones en toda la realidad. Sea por lo tanto cualquiera la forma que se vista, el hombre nunca dejará de ser hombre, conservando, así en la vida futura como en la presente, su individualidad, y prosiguiendo con conciencia el desenvolvimiento comenzado en esta vida, á fin de cumplir su destino eterno, del cual es

momento pasajero su terrenal destino. El presente y el porvenir son suyos: el uso de sus facultades determinará su suerte futura segun el mérito ó el démerito, pudiendo esperar, mientras le resta su libre actividad y su personalidad, la infalible justicia de Dios para el premio ó el castigo, tanto como la bondad y misericordia divina para moverlo á reformar sus costumbres y renacer á una vida justa y meritoria ante Dios.

Fundemos en el carácter de hombre todas las doctrinas y las instituciones todas; porque la ley del progreso que las rige, no es otra que la realizacion en el tiempo de las leyes eternas de nuestra naturaleza, de la esencia del hombre: aspirando á una idealidad quimérica, no rompamos la dichosísima armonía que constituye al hombre, queriendo convertirlo en puro espíritu, ni tampoco ahoguemos el espíritu, procurando que el cuerpo solo crezca y viva sin medida. Nuestro carácter es el ser hombres: sean humanas nuestras doctrinas y nuestras instituciones. La ciencia del hombre, como el compuesto íntimo, armónico y ordenado de espíritu y cuerpo en un individuo, es la antropología.

(Se concluirá.)

F. DE P. CANALEJAS.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las modas nuevas en la Marche y en Longchamp. — Los hombres condecorados con camelias. — Un par de botas con armas de nobleza. — Un pantalon estrambótico. — Trajes de Longchamp. — Vestidos para montar á caballo y para paseo. — De los pantalones del día. — Trajes de primera comunión. — Jaquetas de primavera para los niños. — Mi opinion acerca de los sombreros. — Descripcion del figurin de este número.

En las carreras de caballos de la Marche y en las solemnidades de Longchamp se han podido observar las modas elegantes y los usos nuevos introducidos en el imperio de la moda.

En la Marche han hecho su aparicion los hombres con camelias blancas y de colores; es una condecoracion de jardin que gastan ahora los jovencitos. La moda proviene de un personaje célebre que no se presenta jamás en ninguna parte sin una flor en el ojal del frac. Otra observacion hecha en la Marche. Un sportman llevaba un par de botas con escudos de armas bordados en ellas: adorno bien ridiculo y vanidoso. Otra moda extraña es la de sentarse encima de los carruajes en vez de meterse dentro; nada puede verse mas ridiculo que esa coleccion de piernas que van colgando.

Sé muy bien que me hago muchos enemigos criticando así las costumbres de los hombres; su vanidad cuando les ofenden es tan implacable como la vanidad de las mujeres.

Sin embargo, es tiempo que diga á los hombres la verdad á propósito de sus pretensiones, que son infinitas é insaciables.

El hombre no duda jamás de ninguna cosa, y se imagina que la mujer que le agrada no ha visto nunca un ser tan perfecto como él, y que solo estaba deseando la ocasion de adorarle. Así es que habla de su conquista como de una posesion de derecho, y habla de ella como de una propiedad adquirida.

¡Ay de la mujer amable que concede una sonrisa graciosa á un hombre pretencioso! Al punto se imagina que ya es suyo el corazon de la mujer amable, y que en su mano está el subyugar así todos los corazones.

Quizás habia conquistado ya vuestras simpatías por haberme constituido en vuestra articulista de modas, y ahora resultará que me vais á encontrar muy injusta respecto de los hombres.

Pero esto es porque no sabeis la poca indulgencia que tienen con nosotros los críticos, los filósofos y los periodistas al hablar de nuestros trajes, de nuestro corazon, de nuestro carácter y nuestros sentimientos. Preciso es que salga por las señoras, y que declare que el campo masculino está lleno de ridiculeces y extravagancias.

En la semana última he visto paseándose por el boulevard de los Italianos un joven elegante con un pantalon escocés de grandes cuadros verdes y azules. ¿Puede darse nada mas grotesco?

Volvamos á Longchamp.

En los dias del paseo de Longchamp el Pré Catelan ha estado lleno de gente; la orquesta de los Guais ha dado allí un concierto religioso, que tuvo la fortuna de atraer un lujo inaudito de carruajes en que se lucian las modas de la primavera.

Toda la juventud dorada acudió en berlina de posta con cuatro caballos y postillon delante. Llamo yo juventud dorada á todos esos hijos de familia que hacen todo cuanto pueden para probar que no tienen familia y que están muy mal educados.

En las berlinas de posta llevaban los elegantes plaid escocés y velos. Es muy bonito el distinguir á través de un velo verde ó azul un par de bigotes de granadero ó unas patillazas de contrabandista.

Viéronse muchos fracs de montar á caballo y muchos tambien á la francesa de paño bronceado, azul ó negro.

Para dar una idea de las modas nuevas voy á clasificarlas: Por la mañana para montar á caballo se usa una pequeña jaqueta, especie de frac redondo, con una hilera de botones de paño ó de tela mezclilla con rayas ó cuadritos poco chillones. El talle es largo; los faldones cortos con bolsillos y carteras en las caderas y otro bolsillo en el pecho para la petaca. Un chaleco de igual tela cierra sobre el delantero hasta arriba con cuello ó sin él. Este chaleco es muy largo por abajo y redondo en los ángulos. Pantalon ajustado con trabillas. Botas con espuelas y sombrero á la inglesa, bajo de forma y pequeño de alas.

En los trajes de vestir se nota poca variacion; el frac á la francesa que se acerca mucho al frac inglés, es el modelo

mas en boga. El frac á la francesa se hace de toda clase de paño.

Tambien se ven muchas levitas pequeñas de paño negro. Los chalecos de por la mañana son de pequeño chal subido, que sea cuadrado ó redondo, con tal de que se abotone alto. Para medio vestir se usan los de chal con cinco botones solamente, ó los chalecos derechos sin cuello. Tambien se llevan algunos con una sola hilera de botones (cuatro ó cinco á lo mas) y grandes solapas redondas como las de los chalecos cruzados.

En cuanto á los pantalones se harán muy anchos, sobre todo los de pique y los de nankin.

El pantalon ancho es mas elegante que el estrecho.

Hé ahí las primeras noticias sobre las modas de la primavera.

A medida que los vestidos elegantes se muestren en el bosque de Boulogne y en el Pré Catelan, acordaré á cada uno de ellos una alabanza ó una crítica, segun su mérito y atribuciones.

La moda se ocupa tambien de los vestidos de los niños para la primera comunión. Los de once ó doce años no pueden ya considerarse como niños, y sin embargo no son jóvenes todavia; de modo que se necesita un traje especial que sirva entre la infancia y la juventud.

Se hacen tres diferentes.

El primero consiste en una pequeña jaqueta de paño negro con un chaleco blanco; el pantalon es negro de lana ó blanco de hilo.

El segundo se compone de un pequeño frac con una hilera de botones, el talle ajustado, los faldones cortos y redondos sobre el delantero.

El tercero está formado de una chaquetilla á la inglesa, muy larga, casi ajustada y con solo un boton abotonado sobre el pecho.

Las mangas se hacen muy anchas de arriba y justas por abajo.

El chaleco debe ser blanco siempre. El pantalon puede ser blanco ó negro segun la estacion y el gusto; corbata blanca de muselina ó de tafetan blanco con cuello vuelto y botitas de charol.

Fuera de la primera comunión, para trajes de vestir las jaquetas de fantasía son los vestidos mas cómodos, los menos pretenciosos y los que mas se llevan.

En cuanto al tocado se usan bonitas gorras de forma prusiana, y pequeños fieltros húngaros muy bajos y puntiagudos de forma con alas aplastadas. Tambien se llevan gorritos muy graciosos, de terciopelo, de casimir azul, escocés ó verde claro.

Dos palabras acerca de los sombreros de los hombres. La forma es casi la misma, con las alas mas ó menos anchas. Muy preferible me parece el sombrero redondo que solo se lleva en el estío y cuando se habita en el campo. El sombrero redondo no tiene ninguna pretension y abriga el rostro, en tanto que el sombrero ordinario no puedo comprender para qué es útil. ¡Y dicen que nuestras crinolinas son ridiculas! Al menos tienen una utilidad, la de engañarnos. Algo es algo.

Nuestro figurin representa trajes de primavera copiados en la Marche.

El primer personaje va cubierto con un ligero sobretodo.

Su elegante traje de paseo se compone de un frac negro abotonado, un chaleco de seda liso con solapas blancas y un pantalon de lana negro. El frac y el chaleco tienen el mismo corte que los de soiré. El pantalon es de una anchura regular y sin trabillas.

En cuanto al sobretodo reemplaza el pesado paletó de invierno que se hace insoportable así que resplandecen los primeros rayos del sol. Visto por detrás tiene tres costuras perpendiculares que dibujan ligeramente las curvas; el delantero cae derecho y puede cerrarse mediante una hilera de botones. Una carterita á la izquierda para estos paletós un poco anchos hace siempre muy bien.

El segundo traje es de vestir y el único que por su elegancia sea irreprochable. Compónese de una casaquilla á la inglesa de paño verde dragon; esta clase de prenda se llevó ya el verano último, lo que no impide que en el día obtenga mucho favor. Es mas graciosa que la levita en atencion á que los delanteros se rodean porque solo se lleva puesto el boton de arriba. Vista por detrás esta prenda se ajusta, y como los faldones no llevan costura, dibujan igualmente las curvas. El chaleco de casimir color de perla, de pequeño chal corrido y de un largo ordinario por abajo. Pantalon mezclilla gris y negro sin trabillas.

El tercer traje es de un elegante en ciernes. Consiste en una pequeña jaqueta de paño mezclilla color bronceado, con un solo boton cerrado en el delantero. Por detrás tiene el corte de una levita, pero por delante cae cuadrado. Mangas anchas por arriba, estrechas por abajo con una abertura cerrada con cuatro botones.

Chaleco de cachemira de pequeño chal corrido.

Pantalon ancho por arriba y ajustado por el pié; corbata azul y guantes de color de paja.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Escultura de Fraikin,

REGALADA AL DUQUE DE BRABANTE.

Hace pocos dias la comision del *Círculo artístico y literario* de Bruselas pasó al palacio habitado por el señor duque de Brabante, á fin de felicitarle con motivo del alumbramiento de la señora duquesa, y al mismo tiempo presentó á SS. AA. RR. el bonito grupo de M. Fraikin, reproducido en esta página. Nada mas gracioso y delicado que la nueva obra del autor tan popular del *Ancor cautivo*, ni nada mas sencillo tampoco: es un niño dentro de un canastillo rústico, con los brazos le van-

tados y el labio risueño, que se entretiene en jugar con espigas de trigo, emblema de la abundancia; pero el arte del estatuario ha poetizado admirablemente este cuadro infantil. Colocado en el zócalo el grupo se eleva á la altura de un metro. El zócalo se halla escondido en un vasto canastillo lleno de flores; centenares de camelias entrelazadas figuran un ramillete gigantesco unido por medio de guirnaldas á las manos del niño. Es un bonito adorno cuyos autores tambien merecen ser nombrados: son MM. Portaels y Balat.

Objetos antiguos

HALLADOS EN EL CAIRO POR M. DELAPORTE.

Durante los siglos III y IV las artes plásticas habian caído en tal abandono que los emperadores romanos debieron renunciar, por falta de artistas, al uso consagrado de hacer multiplicar su imagen en número infinito de ejemplares, como efectuaron sus predecesores. De aquí proviene que los bustos de la baja época son mas escasos que los de la época de los Césares, y son mas buscados que estos últimos, aunque en ejecución les sean muy inferiores. Uno de los mas raros entre esos bustos de la decadencia es precisamente el de Maximiano Hércules, del que se acaba de descubrir un ejemplar casi intacto en las cercanías del Cairo, gracias á M. Delaporte, cónsul de Francia en esa ciudad.

Maximiano Hércules tomó las riendas del poder en 284, en compañía de Diocleciano, de cuya abdicación fué partícipe en 304. Había nacido en Pannonia de padres oscuros; pero por sus talentos militares se hizo digno de los altos destinos á que estaba llamado.

El busto descubierto por M. Delaporte es de pórfido, del tamaño natural y de un trabajo notable para la época á que pertenece. La fisonomía tiene mucha expresión y demuestra el carácter feroz que los historiadores atribuyen á Maximiano; los detalles del rostro están ejecutados con finura; los accesorios, y entre otros el pelo, apenas están indicados.



Escultura de Fraikin, regalada al duque de Brabante por el Círculo artístico y literario de Bruselas.

Pero los objetos antiguos de origen árabe son aun en Egipto mas raros todavía que los de origen romano. Todo cuanto salía de manos de los artistas árabes, en los tiempos en que los árabes tenían artistas, era tan ligero y tan frágil que muy pocas muestras de su habilidad han llegado hasta nosotros. La ciencia de esa nación tocante á los ejemplos de arte grandes ó pequeños, carece de ejemplo en la historia del mundo. Los árabes no pudieron nunca ni reparar ni conservar ninguna cosa. La mayor parte de las mezquitas del Cairo, aun la de Hassan (la mas hermosa de todas), se convierten en ruinas, sin que nadie piense en levantarlas. Las hermosas lámparas antiguas que en otros tiempos adornaban esos santuarios de la religion musulmana, han desaparecido completamente y han sido reemplazadas por miserables candilejas. Una de aquellas lámparas, que por milagro se salvó de la destrucción general, ha venido casualmente á las manos de M. Delaporte. Se ignora cómo salió esa lámpara de la mezquita á que pertenecía, y cuánto tiempo ha debido permanecer en el olvido antes de atreverse á salir á luz sin temor de ser reconocida; pero lo cierto es que hay pocos objetos árabes ó persas mas curiosos que ese, y que figurará con honor en la colección de la Biblioteca imperial, regalada por M. Delaporte.

Esta lámpara es una vasija de vidrio muy grueso cuya forma recuerda las que los griegos llamaban *kalpe*. Toda su superficie exterior se halla dividida en bandas horizontales enriquecidas de arabescos y de inscripciones en esmalte azul ó encarnado mezclado de oro. Arriba tiene una banda en que se lee la primera frase del versículo 35 del cap. 24 del Corán, que dice así:

« Dios es la luz de los cielos y de la tierra. Esta luz se parece á una antorcha, antorcha colocada en un cristal, cristal parecido á una estrella brillante. »

La banda que rodea la parte mas gruesa de la vasija tiene una inscripción que da á conocer cuando se hizo. Se halla concebida en estos términos:

« Honor á nuestro glorioso amo el sultan rey El-Zaher-Abusaid. ¡ Dios le haga victorioso! »

El califa El-Zaher-Abusaid reinaba el año 1497. Así pues, adoptando esta fecha, la vasija tendria hoy 361 años de existencia.

L. D.



Objetos descubiertos en el Cairo.